

<http://dx.doi.org/10.2436/20.8050.02.4>

# UN IMPERIO TAMBIÉN DE AGUA. PUERTOS INTERIORES, REDES MERCANTILES Y COMERCIO DE CONTRABANDO EN LAS COSTAS NOVOHISPANAS, 1776-1795

Álvaro Alcántara  
UNAM  
alcantaraprofesor@gmail.com

*El trabajo retorna a un conocido tópico de la historiografía de mediados del siglo XX, la relación entre espacio e historia, para desde allí problematizar la inserción de las provincias costeras novohispanas en los circuitos mercantiles del imperio español. Como se sostiene en el trabajo, una comprensión más compleja del comercio novohispano con el exterior exige considerar, además del preponderante papel ejercido por el puerto de Veracruz, aquel desempeñado por los puertos fluviales de la costa del Golfo de México y su función de entrepôt entre el espacio caribeño y el mercado interno novohispano. Al observar la dinámica de las redes de negocios, alianzas y complicidades de aquellas jurisdicciones costeras, se documenta la participación de funcionarios reales provinciales en las redes del comercio informal, circunstancia que muestra la importancia creciente de las élites regionales en la eficaz administración de las provincias hispanoamericanas a lo largo del siglo XVIII.*

**PALABRAS CLAVE:** *Costa del sur de Veracruz, comercio ilegal, redes comerciales caribeñas, Acayucan, puertos fluviales.*

## **ALSO AN EMPIRE OF WATER.**

## **RIVER PORTS, COMMERCIAL NETWORKS AND INFORMAL TRADE ON THE COASTS OF NEW SPAIN, 1776-1795**

*This paper returns to a familiar topic of historiography mid-twentieth century, the relationship between space and history, to problematize the insertion of New Spain's coastal provinces in commercial circuits of the Spanish empire. As suggested by the author, a more accurate understanding of New Spain's foreign trade requires consideration, in addition to the important role exercised by the port of Veracruz, that played by the river ports of the Gulf*

[Recibido: 29/2/2016 – aceptado: 13/7/2016]

*of Mexico and its role as entrepôt between Caribbean space and novohispano domestic market. In reconstructing business networks, alliances and complicity in those coastal jurisdictions documented the participation of provincial royal officials in the networks of informal trade, a fact which shows the growing importance of regional elites in the effective management of hispanic america provinces during the eighteenth century.*

KEYWORDS: *Southern coast of Veracruz, illegal trade, Caribeann comercial networks, Acayucan, river ports.*

para el Adelantado Antonio García de León,  
capitán de Tierra adentro y mar en fuera

## 1. Los «vacíos» del imperio, una añeja discusión

Las diversas interpretaciones que a lo largo del último medio siglo se han ensayado sobre la «América española», el «imperio español», el «espacio colonial americano» o los «virreñatos españoles» expresan claramente las mutaciones que al interior de la disciplina histórica han ocurrido en ese mismo lapso de tiempo. Las denominaciones recién mencionadas señalan, al mismo tiempo, las dificultades a las que se han enfrentado los historiadores para caracterizar, no sólo a un periodo histórico de tres siglos, sino para explicitar las diversas configuraciones sociales que existieron en el espacio americano a lo largo de trescientos años. Las categorías, conceptos, actores, problemas sociales o enfoques metodológicos ensayados por cada generación de investigadoras e investigadores han ido revelando nuevas «realidades» del pasado americano, que apenas unos años atrás se hallaban más allá de lo imaginable. De este modo, la realidad histórica y las distinciones analíticas empleadas para observarla (reconstruirla) se confunden irremediabilmente en un juego de espejos que hace posible problematizar el acontecer histórico sometiendo a examen los paradigmas, conceptos o modelos que han servido para *hacer la historia*, pero también viceversa.

Desde aquellas reconstrucciones basadas en el análisis de las instituciones políticas y la historia del derecho indiano, pasando por los trabajos influenciados por las propuestas de la historiografía francesa de *Annales*, la historia regional latinoamericana o, más recientemente, los enfoques neo institucionales y de análisis de redes sociales resaltan como tema recurrente en la historiografía especializada. Al respecto, cabe preguntarse lo siguiente: ¿Cómo concebir el poder ejercido por la corona española en sus posesiones americanas? ¿Qué clase de dominio fue capaz de instituir la monarquía española en los virreñatos a través de sus instituciones y funcionarios? ¿Hasta qué punto los monarcas españoles debieron pactar o negociar con las élites locales para asegurar durante tres siglos la buena administración de sus posesiones?

Al respecto, los planteamientos historiográficos han oscilado entre aquellas primeras descripciones que representaban a un imperio «donde nunca se ponía el sol» como un

espacio donde la voluntad del soberano era omnímoda y toda poderosa, hasta aquellos que lo han presentado como un Estado español «autoritario pero débil», una «España que gobierna pero no administra», un «imperio informal» o un «imperio poroso», por recordar solo algunas de las caracterizaciones que se han ofrecido. Quizá sea bueno interrogarse en qué medida, al ubicar el debate sobre el funcionamiento del imperio español en los términos antes enlistados, se sigue reproduciendo una añeja tradición que ha emplatado el análisis histórico a partir de los presumibles intereses de la Corona española y desde una perspectiva predominantemente «ibérica», que hace tiempo empezó a ser cuestionada.<sup>1</sup> El interés puesto en el entramado de las redes comerciales y la dinámica de los negocios mundiales entre el siglo XVI y el siglo XIX<sup>2</sup> ha complejizado la perspectiva que veía al mundo americano como un espacio generador de renta para la metrópoli (y en función de esa condición era valorado), para ahora ubicar su estudio en los procesos de globalización temprana de las economías regionales originados tras la llegada de los europeos al continente americano. Más recientemente, una nueva concepción de la corrupción oficial, el clientelismo y el regalismo español han venido a animar este debate.<sup>3</sup>

La inserción paulatina de lo global en los espacios locales y el entramado de las redes de negocios novohispanas en los negocios mundiales estimulan a revisitar el debate aludido, ensayando aproximaciones que desde la observación de escalas diferenciadas consi-

1. La condición «imperial» del Estado español quizá requiera de una reflexión sesuda que haga eco de los debates que tras la invasión napoleónica a España se suscitaron en las Cortes de Cádiz, al respecto de cómo definir al Estado español, cómo considerar a las posesiones españolas y a quién y bajo qué criterios otorgar la ciudadanía española. Pero de entrada, parece necesario replantear nuestra idea de cómo se ejerce el dominio de uno o más territorios y cómo se concibe el sometimiento por cada uno de los actores implicados en relaciones sociales dadas.

2. Böttcher, Nikolaus; Bernd Hausberger y Antonio Ibarra (coords.), *Redes y negocios globales en el mundo ibérico, siglos XVI-XVIII*, México, Bibliotheca Ibero-Americana, Vervuert – El Colegio de México, 2011; García de León, Antonio, «La Malla inconclusa. Veracruz y los circuitos comerciales lusitanos en la primera mitad del siglo XVIII», en Ibarra, Antonio y Guillermina del Valle (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares en el mundo iberoamericano*, México, Instituto Mora, 2007, pp. 41-83; Jumar, Fernando, «La región Río de la Plata y su complejo portuario durante el Antiguo Régimen», en Fradkin, Raúl (ed.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, t. II, Buenos Aires, Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires/EDHASA, 2012, pp. 124-157; Moutoukias, Zacarías, «Redes sociales, comportamiento empresarial y movilidad social en una economía de no mercado (El Río de La Plata en la segunda mitad del siglo XVIII)», en Zeberio, Blanca; María Bjerg y Hernán Otero (comps.), *Reproducción social y sistemas de herencia en una perspectiva comparada. Europa y los países nuevos (siglos XVIII al XX)*, Tandil, Instituto de Estudios Históricos, Facultad de Ciencias Humanas – Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998, pp. 63-81; Pieper, Renata y Philipp Lesiak, «Redes mercantiles entre el Atlántico y el mediterráneo en los inicios de la guerra de los treinta años», en Ibarra, Antonio y Guillermina del Valle (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares...*, cit., pp. 19-35.

3. Bertrand, Michel, *Grandeza y Miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España, siglos XVII y XVIII*, México, FCE, 2011; y «Viejas preguntas, nuevos enfoques: La corrupción en la administración colonial española», en Andújar del Castillo, Francisco y María del Mar Felices de la Fuente (eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 46-62. Puede consultarse con mucho provecho la introducción preparada por Alexandre Coello, Claudia Contento y Martín Rodrigo, al número monográfico publicado en esta revista titulado «Corrupción, codicia y bien público en el mundo hispánico, siglos XVIII-XX», *Revista Illes i Imperis*, núm. 15, 2014 (<<http://www.raco.cat/index.php/IllesImperis/issue/view/21584>>).

deren tanto al comercio legal como al ilegal o informal. Un programa de este tipo implica desplazar el punto de observación acostumbrado y recuperar la dimensión relacional de los actores sociales, con la aspiración de hacer visibles prácticas sociales difíciles de reconocer desde perspectivas de análisis más amplias.<sup>4</sup> Para los intereses específicos de este trabajo, me propongo estudiar el funcionamiento de las redes mercantiles que se desplegaron sobre caminos de agua dulce y salada de la costa veracruzana, rutas comerciales de la costa del Golfo, no desde el Puerto de Veracruz –en aquel entonces «garganta principal del reino»– sino extendiendo la mirada hacia algunos puertos interiores (fluviales) ubicados a sotavento del principal enclave portuario novohispano. Por ello concentraré la atención en el espacio de las provincias costeras novohispanas del Golfo de México, en especial aquellas pertenecientes a la parte sur de la Intendencia de Veracruz reconstruyendo sus conexiones con el espacio caribeño y las redes de negocios trasatlánticas en la segunda mitad del siglo XVIII.<sup>5</sup>

Podemos ya sospechar que «un equilibrio social y político duradero» –para decirlo en palabras de John Coatsworth–<sup>6</sup> permitió la participación de actores sociales diversos, dejando espacios de relativa libertad para que las élites regionales actuaran conforme a sus intereses, en el marco de una conocida política real pactista que buscaba asegurar la transferencia de renta y el gobierno de las posesiones ultramarinas. Los funcionarios reales de provincias menores y comerciantes locales constituyen otra dimensión de la vida económica que vale la pena explorar, pues no necesariamente representa la versión «en pequeño», de las prácticas desplegadas por los poderosos miembros de los consulados de comerciantes o del tribunal de minería.

## 2. Las provincias costeras a sotavento

Desde inicios del siglo XVII, las provincias sotaventinas de la Nueva Veracruz, Cosamalpan, Los Tuxtlas y Acayucan –también conocida como Coatzacoalcos– constituían un

4. Levi, Giovanni, «Antropología y microhistoria: Conversación con Giovanni Levi», en *Manuscripts*, núm. 11, 1993, Barcelona, pp. 15-28.

5. En cualquier caso, vale la pena apuntar que la comprensión de las modalidades en que la Corona española ejerció su dominio en la Nueva España (y demás posesiones) no puede desligarse, como justamente lo advirtió Ruggiero Romano, de explicar cómo fue posible asegurar durante tres siglos la transferencia de renta a la metrópoli y demás espacios del imperio, exigiendo a la gran mayoría de la población pagar tributo, cumplir con obligaciones religiosas, aceptar los repartimientos de mercancía y el trabajo forzado, cultivar tierras del común, etc. Como escribe Ruggiero Romano, «el problema concreto para el estudio del funcionamiento del sistema económico de una sociedad preindustrial (y no sólo de esta) es el de establecer cómo la clase «poderosa» consigue extraer un excedente de las clases más humildes.» Romano, Ruggiero, *Mecanismos y elementos del sistema colonial americano, siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica (en adelante FCE), 2004, p. 426.

6. Coatsworth, John, «Political economy and economic organization», en Bulmer, Victor; John Coatsworth y Roberto Cortés (eds.), *The Cambridge economic history of Latin America*, vol. I, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 2006, pp. 237-238.

espacio regional bien definido, conformado al amparo de la implantación de la ganadería mayor, las rutas de saca del ganado hacia el Altiplano (Orizaba, Tlaxcala Puebla) y el intercambio comercial que se realizaba a través de un denso sistema de rutas fluviales que atravesaban y articulaban la región (las cuencas del Coatzacoalcos, Papaloapan, San Juan Michapan, Tesechoacán, Tonalá, Jamapa, etc.).<sup>7</sup> A lo largo de estos caminos de agua se encontraban dispersas decenas de embarcaderos, puertos interiores y bodegas en donde se concentraban y distribuían las mercancías que por allí transitaban (cacao, ixtle, algodón, sal, etc.), actuando el puerto interior de Tlacotalpan como el corazón de la región, al reunirse frente a esta antigua isla las rutas acuáticas más importantes del territorio.<sup>8</sup>

Si se ubica el Sotavento en el marco del comercio inter regional del sureste novohispano se revela la posición estratégica de la región y, específicamente de la provincia de Acayucan, al ubicarse esta jurisdicción en el cruce de caminos que atravesaban el Istmo mexicano, conectando las provincias de Guatemala, Chiapas, Tabasco y Campeche a los circuitos mercantiles del virreinato. Hacia el exterior, el amplio litoral de que disponía conectaba «naturalmente» la Costa de Sotavento con el Gran Caribe, un espacio geohistórico al que Pierre Chaunu llamara «Caribe Andaluz» y, más tarde, Antonio García de León designara como «Caribe Afroandaluz. Esta región, «hegemonizada» por la Casa de Contratación de Sevilla durante poco más de doscientos años, comprendía a Cádiz y Sevilla, las islas Canarias, los enclaves comerciales isleños de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico y los principales puertos de la franja continental: Cartagena de Indias (Colombia), La Guaira y Maracaibo (Venezuela), Portobelo (Panamá) y Veracruz (México).<sup>9</sup> El Sotavento, como área de influencia (o *hinterland*) y espacio periférico al puerto de Veracruz compartía (y aún comparte) con otras regiones del Caribe, rutinas laborales, fiestas y complejos musicales y dancísticos, en donde el protagonismo social de pardos y

7. García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, México, FCE – Gobierno del estado de Veracruz – Universidad Veracruzana, 2011, p. 212 (especialmente nota al pie núm. 240).

8. Alcántara López, Álvaro, «Configuración territorial, grupos de poder y dinámicas sociales en la provincia colonial de Guazaqualco, siglos XVI al XVIII», en Velázquez, Emilia; Eric Leonard, Odile Hoffman y Marie France Prévôt-Schapira (coords.), *El Istmo Mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI al XXI)*, México, CIESAS – IRD, 2009, pp. 91-160.

9. Este Caribe que llamo Afroandaluz –escribió García de León– es el que ha desarrollado los géneros campesinos, jíbaros o guajiros que han brotado en los *hinterlands* rurales de estos complejos portuarios abiertos al comercio intercontinental durante los siglos coloniales. Es un Caribe comercial y colonial y sus expresiones tienen eso en común y muchos otros rasgos: son géneros musicales y poéticos cultivados por campesinos, vaqueros, y pescadores afromestizados de tres orígenes étnicos: españoles (principalmente andaluces), negros e indios; generalmente asociados a la ganadería que ya para el siglo XVIII habían constituido nichos culturales muy característicos y fuertemente mestizados: «guajiros» en Cuba, «jíbaros» en Puerto Rico y Santo Domingo, «llaneros» en Colombia y Venezuela, «criollos» en Panamá y «jarocho» en Veracruz. En mayor o menor medida todas estas regiones comparten una cultura y un cancionero lírico musical muy semejante entre sí, incluso si los procesos de independencia cortaron su intercomunicación desde el siglo XIX. García de León, Antonio, «El Caribe Afroandaluz: permanencias de una civilización popular», en *La Jornada Semanal, Suplemento dominical del diario La Jornada*, núm. 135, México, 12 enero 1992, pp. 27-33.

mulatos era uno de los rasgos distintivos de estos territorios debido, en buena medida, a la rápida vinculación de la población afrodescendiente a oficios tales como la vaquería, milicias, arriería, comunicación fluvial o agricultura.

La vida económica y social de este Gran Caribe estaba animada por dos rutas marítimas mayores: el viaje y tornaviaje de la flota que vinculaba Sevilla y Cádiz con la Nueva España y aquella otra que conectaba el Virreinato del Perú con la península ibérica, no sin antes hacer la aguada en las Antillas menores.<sup>10</sup> Pero se efectuaba de manera complementaria e incluso mucho más constante, por un comercio de altura y de cabotaje consentido por las autoridades que tenía en comunicación a regiones económicas de la América española y no española.<sup>11</sup> Culturas populares afines, cancioneros folklóricos compartidos y una serie de rutinas civilizatorias presentes en cada uno de estos puertos y sus respectivos *hinterlands* (ganadería mayor, mestizaje intenso entre indios y negros, etc.), harían de este Caribe afro-andaluz un microcosmos civilizatorio y espacio de intercambio comercial intenso.

Este Caribe ampliado se encontraba organizado por las rutas trazadas desde la Casa de Contratación de Sevilla, pero animado también por los intereses económicos de las distintas potencias europeas (Holanda, Inglaterra, Francia, Dinamarca o Prusia) que poseían al menos una isla o islote desde donde intentaron una y otra vez arrancar a la corona española una tajada del tesoro americano.<sup>12</sup> De hecho, diversos campamentos ingleses y franceses se instalaron durante el siglo XVII en toda la costa del Golfo, desde la provincia de Coatzacoalcos hasta Campeche, realizando incursiones en los pueblos indios, secuestrando a su población a cambio de ganado y maíz, explotando los recursos madereros de la región y muy probablemente, intercambiando cacao, sal o ixtle por aguardiente, utensilios de trabajo o textiles introducidos desde el Caribe.<sup>13</sup>

El comercio desplegado por piratas y bucaneros a lo largo de los siglos XVII y XVIII constituyó el otro rostro de la incipiente globalización comercial que en su versión oficial era estimulado por la flota española. El escenario de aquel intercambio fueron precisamente los ríos, puertos interiores y lagunas del golfo mexicano, donde no sólo se instalaron los campamentos de los *baymen*, sino también desde donde los piratas interactuaron con la población india y mulata de la región. De hecho, la desocupación final de la villa del Espíritu Santo, antigua capital de la provincia de Coatzacoalcos, tuvo como detonante una serie de incursiones piratas que entre 1670 y 1672 asolaron los pueblos de la pro-

10. García de León, Antonio, *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, México, Siglo XXI editores, 2002.

11. García de León, Antonio, *El mar de los deseos...*, cit, pp. 35-45; Chaunu, Pierre, «Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII», en *Historia Mexicana*, vol. 9, núm. 4, abr-jun, México, 1960, pp. 521-557.

12. Romano, Ruggiero, «Consideraciones sobre los problemas del comercio en Hispanoamérica en la colonia», en *Antología de un historiador*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (en adelante Instituto Mora), 1998, pp. 89-97.

13. García de León condensa en su monumental obra *Tierra adentro, mar en fuera*, décadas de trabajo en torno a la región del Sotavento y la inserción del comercio veracruzano en el espacio caribeño y las redes mercantiles trasatlánticas. García De León, Antonio, *Tierra adentro...*, cit.



vincia de Acayucan remontando el curso del río Coatzacoalcos y sus diversos afluentes. Todavía para 1720 las incursiones de los «enemigos ingleses» se hallaban presentes en las comunicaciones oficiales que giraban las autoridades españolas.<sup>14</sup>

Descrita por viajeros y funcionarios de la segunda mitad del siglo XVIII como una región de «indios, mulatos y otros que se dicen españoles», la vida social del sur de Veracruz era un espacio predominantemente acuático, donde ríos, lagunas, arroyos y esteros, las altas temperaturas y excesiva humedad, así como las lluvias y nortes constantes, marcaban el pulso de los tiempos de trabajo y tiempos de ocio.<sup>15</sup>

Durante las primeras décadas del siglo XVIII, el cultivo extensivo del algodón consiguió satisfacer las demandas del creciente mercado de tejidos (fibra que en la región se sembraba desde la época prehispánica), dinamizando el deprimido comercio de la zona. Ello le permitió convertirse muy rápidamente en el motor principal de la economía regional y desplazar de ese puesto a la ganadería mayor, que a pesar de su relativo descenso se mantuvo hasta fines del siglo XVIII como una actividad económica importante. El motivo, quizás, no fuera tanto por el valor de su producción de carne y cueros, como por ser una importante reserva de tierras para la siembra.<sup>16</sup> Junto al cultivo del algodón, el cacao y el ixtle –que desde el siglo XVI sembraban y tributaban los indios– constituían los otros dos cultivos de interés comercial que se producían en el Sotavento, tanto para el mercado interno como el exterior.

El destino principal del algodón producido en la Costa del Golfo fue la ciudad de Puebla. Sin embargo, para las últimas décadas del siglo XVIII la península ibérica se convirtió en un destino complementario a través del Puerto de Veracruz y las redes caribeñas de comercio informal. Además de ser una región productora de cultivos de interés comercial, el Sotavento era un espacio de tránsito e intercambio de otras regiones novohispanas, por donde se movía la grana cochinilla que producían los pueblos mixtecos y zapotecos de Oaxaca, el palo de tinte y la sal de Campeche, el añil guatemalteco, la vainilla de los chinantecos de Usila y Ojitlán, el tabaco chiapaneco o el cacao tabasqueño.

El caso del mercader Francisco Ignacio de Yraeta ejemplifica los intereses económicos de los miembros del consulado de México, quienes tejieron fuertes lazos comerciales en las zonas productoras de añil, grana cochinilla, algodón, azúcar o cacao. Como apunta

14. «Mandato del Rey de España a don Fr. Payo de Rivera, arzobispo de la Iglesia metropolitana de la ciudad de México de mi consejo, mi Virrey gobernador y Capitán General de la Nueva España, sobre los de los enemigos que se hallaban en la Barra de Guazaqualco», Aranjuez a 20 de mayo de 1676, en Archivo General de la Nación, México (en adelante AGNM), Reales Cédulas Duplicadas, vol. 15, Exp. 62, f. 125; Bienes de comunidad de los pueblos de Acayucan, año de 1705, AGNM, Indios, vol. 97, exp. 1.

15. Alcántara López, Álvaro, *Ariles de la majada. Ganadería, vida social y cultura popular en el sur de Veracruz colonial*, Tesis de Maestría, FFyL, UNAM, México, 2004.

16. Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio de, *Theatro Americano. Descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones* (Facsímil de la edición hecha en México, 1746, Imprenta de la ciudad de D. Joseph Bernardo de Hogal), México, Talleres de la editora nacional, 1952; Miño Grijalva, Manuel, *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1700-1810*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana/Instituto de Estudios Fiscales, 1990 y *La protoindustria colonial hispanoamericana*, México, El Colegio de México – FCE, 1993.

Guillermina del Valle, dichos tratantes «(...) participaban en el financiamiento de la producción de la grana, así como en su mercantilización y la del añil, valiéndose de los comerciantes y alcaldes mayores de Oaxaca, quienes negociaban los tintes y los remitían a México, Puebla, Orizaba y Veracruz. Desde estas dos últimas poblaciones, los socios y agentes de los mercaderes de la capital se encargaban de embarcar los tintes a la Península.»<sup>17</sup>

### 3. El paisaje social de la costa veracruzana

Aunque al inicio de la colonización europea el espacio costero veracruzano se encontraba discretamente poblado, con una población distribuida en varios cientos de pueblos,<sup>18</sup> las epidemias y maltratos físicos propinados por los europeos literalmente diezmaron a la población india. De este modo, en tan sólo cien años provincias como la de Coatzacoalcos vieron disminuida su población de 50 000 a 600 tributarios aproximadamente, lo que implicó la desaparición de al menos sesenta pueblos. Como ocurrió en otras regiones del imperio español, la ausencia de mano de obra india fue compensada, entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII, con la importación de esclavos africanos. Sin embargo, para el caso de las provincias sotaventinas el acelerado proceso de mestizaje experimentado entre la población negra e india provocó la rápida aparición de un nuevo sector poblacional compuesto por mulatos y pardos libres, que dado su importante número volvieron innecesaria e inviable económicamente la introducción de esclavos africanos. Fue esta población afrodescendiente la que se vinculó muy tempranamente a la ganadería y a la movilización de mercancías, en calidad de vaqueros y arrieros y, desde la segunda mitad del siglo XVII pasaron a formar parte de las milicias de pardos y mulatos que la administración española creó para defender las provincias costeras de las incursiones piratas, tras el ataque del pirata Lorencillo al Puerto de Veracruz.<sup>19</sup> Para las primeras décadas del siglo XIX, los habitantes de las tierras altas y frías del centro del virreinato empezarían a designar como «jarochos», a los mulatos y pardos encargados de conducir las partidas de ganado de las haciendas de la tierra caliente veracruzana a las principales ciudades y villas del altiplano.

La presencia de población europea en las jurisdicciones coloniales de la Nueva Veracruz, Cosamaloapan, Los Tuxtlas y Acayucan fue escasa, no logrando superar, aún en las cabeceras de las alcaldías mayores (más tarde convertidas en subdelegaciones), el 10 % de la población total.<sup>20</sup> En contraste y debido al repunte demográfico de la población in-

17. Valle Pavón, Guillermina del, «La articulación del mercado del centro, oriente, sur y sureste de Nueva a través del camino de Orizaba, en las postrimerías del siglo XVIII», en Oikion, Verónica (ed.), *Historia, Nación y Región*, México, El Colegio de Michoacán, vol. II, 2007, pp. 442-444.

18. Especialmente, si se le compara con la densidad poblacional del altiplano central.

19. García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera...*, cit. pp. 612-623.

20. El Puerto de Veracruz podría ser una excepción pues durante el arribo de la flota atraía a gran cantidad de comerciantes europeos, pero esta población era más bien temporal. Es bastante sabido que los comerciantes avecindados en Veracruz preferían vivir en Xalapa de La Feria.



dia, a mediados del siglo XVIII los indios representaban entre un 35 % y 50 % de la población total, mientras que pardos, mulatos y mestizos representaron entre un 30 y un 40 % de toda la población.<sup>21</sup>

#### 4. Una oligarquía regional: los Franyutti – Quintero – Ficachi

En contraste con la escasa presencia numérica de españoles criollos y peninsulares, las oligarquías sotaventinas, compuestas fundamentalmente por señores del ganado (hacendados) convertidos en comerciantes, ejercieron enorme influencia en la vida económica, social y política de la zona, manejando con relativa autonomía el destino de las provincias en donde residían. Si bien eran dependientes y estaban vinculados a los comerciantes del Consulado de la Ciudad de México (e instituciones eclesiásticas) por medio del capital crediticio que aquellos les facilitaban o ayudaban a gestionar, estas élites regionales se vieron muy pronto fortalecidas política y económicamente gracias a la creciente demanda que tuvieron los cultivos de algodón que extraían de indios y mulatos; de la necesidad de tierras para cultivo provocado por el repunte demográfico de los indios, que ellos satisficieron alquilando (mediería y aparcería) las tierras de sus propias haciendas; y de la intensificación del comercio interno novohispano, antes y una vez iniciadas la reformas comerciales de los borbones. Estas coyunturas favorables permitieron a estos grupos de poder regional pasar de una postura de negociación con el o los funcionarios en turno designados desde las cortes de Madrid o México, hasta llegar a adquirir de manera directa para los miembros de su red parental los diversos cargos y oficios de administración colonial, incluso después de la puesta en marcha del paquete reformista.<sup>22</sup>

Para el caso de la provincia de Acayucan que he estudiado de manera intensiva en una investigación reciente, se trata de una oligarquía de origen genovés y gaditano, la familia Franyutti, construida sobre un soporte parental tejido por Juan Bautista Franyutti, quien desde 1740 logró reunir a favor de su grupo los cargos y oficios de notario del Santo Oficio, recolector de diezmos y alcabalas, capitán de milicias, alcalde de la Santa Hermandad y administrador de correos.<sup>23</sup>

Una segunda generación de este clan, encabezada entre 1764 y 1786 por el comerciante Joseph Quintero, incorporó a sus parientes peninsulares «los Ficachi» (Pedro, Nicolás, Antonio, Rafael) y a su cajero, Pedro Moscoso, a la administración de los negocios de la familia. Con su ayuda y protección, la parentela de Quintero logró insertarse en la

21. Siemens, Alfred y Lutz Brickmann, «El sur de Veracruz a finales del siglo XVIII –un análisis de la relación de Corral», en *Historia Mexicana*, vol. XXVI, núm. 2, 1976, México, pp. 263-324.

22. Alcántara López, Álvaro, «Redes sociales, prácticas de poder y recomposición familiar en la provincia de Acayucan, 1764-1802», en Ibarra, Antonio y Guillermina del Valle (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares...*, cit, pp. 215-248.

23. Alcántara López, Álvaro *Disidencia y poder familiar y cambio social en la provincia de Acayucan, 1750-1802* (introducción), Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras (en lo sucesivo FFyL), Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante UNAM), México, 2015.

administración real fungiendo como tenientes de alcalde mayor, oficiales de milicias urbanas o llegando incluso a servir como alcalde mayor, como fue el caso de Pedro Ficachi y del mismo Pedro Moscoso, empleado y, más tarde, yerno de Quintero. A la muerte de Joseph Quintero (1786), los hermanos Ficachi intentaron hacerse con la administración de la hacienda y negocios que Quintero «administraba» de su suegro Franyutti,<sup>24</sup> mientras que Moscoso, con una importante participación en los cortes de madera y comercio de algodones, prefirió quedar al margen de la pugna por la herencia de los Franyutti. Entre 1780 y 1810 Moscoso jugó un papel fundamental en la vida política y económica de la provincia, no sólo por desempeñar diversos puestos, entre los que sobresale el de alcalde mayor, sino también por servir como capitán de milicias o administrador de la aduana marítima. Con la llegada del primer subdelegado, Agustín del Agua, ostentó el cargo de teniente general (1789-1795). En 1806 se desempeñó como administrador de tabacos y en 1811, durante la administración del subdelegado Pedro Pablo Vélez, estuvo a cargo de la Real Aduana de Acayucan.<sup>25</sup>

La muerte de Quintero en 1786 –el mismo año de la implantación de la Real Ordenanza de intendentes– generó un vacío en el poder al interior del clan Franyutti–Quintero. Al iniciarse la década de 1790, la familia atravesaba un momento de recambio generacional. Este proceso abrió la puerta a una serie de pugnas internas entre los hermanos Franyutti, un primo de este (Manuel Savón de Oliveros) y los hermanos Ficachi por hacerse con la herencia del patriarca, momento que coincide con la discreta presencia documental de miembros de este clan al finalizar el siglo XVIII. Sin embargo, al iniciarse el nuevo siglo y durante las siguientes décadas del siglo XIX, ya con Bernardo Franyutti a la cabeza del clan fundado por su abuelo, la familia Franyutti recuperó el protagonismo económico y político en la región.

Entre las décadas de los sesenta al ochenta, tanto la familia Franyutti como algunos de los personajes que sirvieron como alcaldes mayores de la provincia, tenían fuertes lazos comerciales con los mercaderes del consulado de México quienes, al mismo tiempo, controlaban el comercio del algodón, la grana cochinilla y el añil. De estos pueden mencionarse a personajes tan importantes como Manuel de Llantada, Francisco Yraeta, Diego de Ágreda, Manuel Ramón de Goya, Juan Antonio Yermo, Joseph Joachin de Arisco-rreta o Pedro Alonso de Alles.<sup>26</sup> Y en este entramado comercial no hay que perder de

24. En este trabajo he omitido contar los detalles que llevaron a Joseph Quintero a despojar a sus cuñados de la herencia que les dejó su padre, al menos de la administración de la hacienda de Cuatotolapan, la propiedad más productiva y rentable de la familia. La trayectoria individual de Quintero muestra la importancia estratégica de fungir como albacea de una herencia y el valor del albaceazgo en la construcción del poder, el prestigio y la riqueza. Alcántara López, Álvaro, «Redes sociales, prácticas...», *cit.*, pp. 236 y ss.

25. Pedro Moscoso, fiel administrador de tabacos de Acayucan, AGNM, Indiferente Virreinal, caja 2720, exp. 2, Acayucan, 1806.; AGNM, Indiferente Virreinal, caja 5384, exp. 39, Acayucan 1811.

26. Valle Pavón, Guillermina del, «Intereses del consulado de comerciantes en la reconstrucción de las calzadas de la ciudad de México», *Entorno Urbano. Revista de historia*, vol. 2, núm. 4, 1996, pp. 4-27 y «Los excedentes del ramo de alcabalas. Habilitación de la minería y defensa del monopolio de los mercaderes de México en el siglo XVIII», *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 3, 2007, pp. 969-10.162; Hamnet, Brian, «Absolutismo ilustrado y crisis multidimensional en el periodo colonial tardío», en Zoraida Vázquez, Josefina, *Interpre-*

vista el papel intermedio desempeñado por la ciudad de Puebla, especializada en la confección artesanal de tejidos de algodón a gran escala,<sup>27</sup> pues a ella iba a parar el algodón tributado y obtenido mediante el repartimiento entre los indios y mulatos de Acayucan.<sup>28</sup>

## 5. Las rutas alternas del comercio sotaventino

Las rutas empleadas para el comercio de contrabando o informal fueron fundamentalmente acuáticas, entreveradas con antiguas rutas prehispánicas y distantes de los caminos «reales» que unían las distintas provincias costeras. Dimensionar la funcionalidad de estos caminos exige un acercamiento distinto de aquel que presenta el espacio como una mesa de billar, aceptando como un problema de investigación permanente del análisis histórico, la construcción social de los espacios.

La articulación del comercio al interior de la región y con otras regiones novohispanas a través de las redes fluviales que desde la sierra oaxaqueña, corrían buscando las tierras bajas veracruzanas hasta salir al mar en el Golfo de México. El trasiego de la grana cochinitilla que los mixtecos y zapotecos realizaban con tamemes desde la serranía oaxaqueña, siguiendo el curso del río Caxonos y que al llegar a las tierras bajas del Golfo podían embarcar en el río Papaloapan, a la altura de las actuales ciudades de Tuxtepec (Oaxaca) y Otatitlán (Veracruz), representa uno de los mejores ejemplos que se pueden encontrar. El conjunto de cuencas que provenientes de las tierras altas oaxaqueñas se reúnen al descender a la costa veracruzana hace posible que una vertiente del caudal del Caxonos, sin olvidar el que sigue su curso al norte bajo el nombre de río Papaloapan, corra hacia el este imitando en su recorrido una suerte de herradura que atravesaba la provincia de Acayucan, encontrando en el puerto interior de San Juan Michapa la oportunidad de intercambiar la grana de los mixes y mixtecos por los productos que a este embarcadero fluvial arribaban de Tabasco, Chiapas o Campeche, además de los que producía la propia región. Desde Paso de San Juan se continuaba el curso hacia el noroeste, con destino al puerto

---

*taciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, México, Nueva Imagen, 1992, pp. 67-108; Registro de fianza y obligación de residencia al alcalde mayor de Guazacualco, don Diego Antonio Fernández de Aguiar, ciudad de México, 1770, en AGNM, Indiferente Virreinal, caja 1843, exp. 17; Informe sobre el comercio de algodón en Nueva España, año de 1788, en AGNM, Industria y comercio, vol. 1, exp. 5, f. 369-422.

27. Como comenta Guillermina del Valle, uno de los efectos del establecimiento del libre comercio en Nueva España de 1778 a 1789 fue que los mercaderes de México, al ver menoscabados sus privilegios en el comercio ultramarino, empezaron a invertir sus capitales en la minería, mediante la formación de compañías, y en la agricultura especializada. El impacto de esta reorientación de los capitales de los comerciantes de México en Acayucan está aún por estudiarse, sobre todo en lo relacionado al cultivo del algodón, el ixtle y el cacao. Sin embargo desde ahora podemos vislumbrar su importancia local al coincidir con el momento de transición generacional del clan Franyutti y con los cambios político-administrativo de las últimas décadas del siglo XVIII. Puede consultarse Valle Pavón, Guillermina del, «Historia financiera de la Nueva España en el siglo XVIII y principios del XIX. Una revisión crítica», *Historia Mexicana*, vol. LII, núm. 3, 2003, México, p. 660.

28. Miño Grijalva, Manuel, *Obrajes y tejedores...*, cit. p. 263 y ss; «Excesos del alcalde mayor de Acayucan», Ciudad de México, 23 de abril de 1773, AGNM, General de Parte, vol. 51, Exp. 137.

interior e isla de Tlacotalpan, no sin antes haber recogido en las Bodegas de Totoltepec y Otapa, la producción de la alcaldía de Los Tuxtlas (tabaco y algodón), perteneciente al marquesado del Valle que poseían los herederos de Hernán Cortés.

Así las cosas, una mirada atenta al funcionamiento comercial de la región sugiere un modelo de organización espacial que ubica a la costa de Sotavento como un espacio articulador de regiones novohispanas con el mar Caribe, al menos desde las primeras décadas del siglo XVIII. Para lograr esto ha sido necesario construir, tras rutinas laborales repetidas durante décadas o incluso siglos, toda una red de caminos y rutas que van de tierra adentro hacia la costa, para luego emprender el viaje en sentido contrario. Un entramado que incluye navegación fluvial, caminos de herradura, bodegas de almacenamiento a la vera de los ríos, embarcaderos furtivos y estacionales, puertos interiores (de río), lagunas convertidas en fondeaderos y las barras de los ríos como espacio final de intercambio entre el comercio interior y el exterior.

Bongos, canoas, recuas de mulas o tamemes son los encargados de realizar este comercio interno, mientras que en las desembocaduras de los ríos y algunas leguas adentro del mar, goletas, fragatas, balajús y paquebots transportaban desde las barras de Alvarado, Sontecomapan, Coatzacoalcos o Tonalá, la sal, grana cochinilla, añil, algodón, cueros, cacao, tabaco, arboladuras, vainilla o maíz que producían los indios y mulatos del reino y que las embarcaciones movilizan al espacio caribeño. A cambio de esos bienes, estas arribaban cargadas con aguardiente, telas finas, azogue, azúcar, armas, herramientas de trabajo, libros, pólvora y, en algún momento, esclavos. Todo este comercio fluvial y marítimo se intensificaba entre los meses de marzo y septiembre, cuando el clima y la lluvia lo permitían, mientras que al llegar el otoño y con él, los temidos nortes, huracanes, crecidas de los ríos e inundación de las tierras bajas, el ritmo de los intercambios disminuía sensiblemente.<sup>29</sup> Los ritmos de la saca de ganado no eran ajenos a estos ciclos y las partidas de vacunos tradicionalmente iniciaban su camino hacia las tierras altas a partir del 13 de junio, día de San Antonio, santo patrón de los ganaderos, concluyendo en un año ideal, durante los primeros días de septiembre. Al retornar de aquel viaje, los vaqueros mulatos y mestizos, ahora convertidos en arrieros, traían en su tornaviaje del valle poblano harinas, bizcochos, ropa de manta, cera, utensilios de trabajo, orfebrería e imágenes religiosas que los hacendados repartían entre los mismos indios y mulatos bajo el sistema crediticio conocido como «repartimiento forzoso de mercancías».

Más allá de la imagen que los mapas actuales nos muestran, a finales del siglo XVIII el comercio de Campeche, Tabasco y la Costa de Sotavento se encontraban mucho más conectados de lo que podríamos imaginar hoy día: navegación de cabotaje, incursiones por riachuelos o arroyos, recuas de mula y viajes por tierra hasta alcanzar el siguiente afluente que acercaba a la ruta deseada y luego repetir la dinámica descrita, eran parte de un tupido entramado de caminos de agua y tierra que al revelarse a nuestros ojos ofrece una visión distinta del comercio novohispano de la época.

29. Alcántara López, Alvaro «Áriles de la majada...», *cit.*; García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera...*, *cit.*

Siguiendo estas rutas «menores», «invisibles», se puede comprender cómo el tabaco y cacao chiapaneco encontraban un mercado importante en las posesiones del mar Caribe o cómo el algodón y el ixtle veracruzano arribaban a las costas de Nueva Orleans pese a las conocidas prohibiciones de comerciar con extranjeros. Comercio de cabotaje que en la globalización de la economía jugó un papel importante al poner en contacto, tras varias paradas y sucesivos avituallamientos a espacios económicos distantes entre sí.

Pero no seamos ingenuos. Estas rutas eran conocidas no sólo por quienes las empleaban de manera recurrente, sino del mismo modo por quienes eran los responsables de combatir el comercio ilícito. Tarea nada sencilla, sin entrar aún en la cuestión de la complicidad y la corrupción de la administración española, cuando se piensa en un imperio hecho también de agua que según ciclos, ritmos y temporales, se desborda y toca tierra. Así, en 1798, Juan Jabat escribía al Virrey Azanza lo siguiente:

Muy venerado jefe y señor. Desde mi regreso a este puerto he procurado instruirme sobre el encargo reservado que me hizo V. E., en esa capital, de las medidas que convendría tomar para perseguir el comercio clandestino que se hace por la costa de este seno y he averiguado que en los parajes más frecuentados por los buques que se ocupan en el son Tampico, Alvarado y Goazacoalcos. El primero y demás de la costa de barlovento son poco abordables durante la presente estación de nortes aunque traigan prácticos del país, como lo acostumbran las embarcaciones procedentes de Jamaica y del Nuevo Orleans, que es de donde se hacen ordinariamente semejantes expediciones. Más no es peligroso dar fondo en la costa de sotavento entre las puntas de Antón Lizardo y Alvarado, como tampoco al abrigo que forman los bajos de dicha punta para esta plaza. Así mismo pueden entrar sin riesgo por los ríos de Alvarado y Goazacoalco siendo este último hondable hasta para fragatas. Y no siendo posible cruzar por ahora sobre los citados parajes con estos guardacostas, como (sí) podrá ejecutarse desde la primavera en adelante, será muy conveniente privarles del asilo que ofrecen dichos ríos a los buques del trato ilícito que recalán en ellos (...).<sup>30</sup>

## 6. Comercio ¿irregular?... contrabando ¿institucionalizado?

El conflicto de intereses entre el cura del pueblo de Acayucan, Joseph Isidoro de Arizaga y el alcalde mayor Diego Antonio Fernández de Aguiar puso al descubierto en 1773, el contrabando de mercancías que este último introducía por la barra de Coatzacoalcos y laguna de Minzapa. Fernández de Aguiar era un destacado miembro del comercio oaxaqueño y ostentaba el cargo de regidor perpetuo y comandante de la caballería en Antequera. Su fiador para obtener la alcaldía de Acayucan había sido el asturiano Pedro Alonso de Alles, miembro y cónsul antiguo del consulado de México. Antes de arribar al Sotavento, Fernández de Aguiar ocupó la alcaldía de Usila, una provincia de indios chi-

30. Carta de Juan Jabat al Virrey Azanza, Veracruz, 24 de noviembre de 1798, en AGNM, Marina, exp. 1 f. 4-6 v.

nantecos también productora de algodón, ubicada en la frontera de los actuales estados de Oaxaca y Veracruz, muy cerca de donde se construyó en la década de 1960 la presa Miguel Alemán.<sup>31</sup>

De acuerdo al religioso: «Es fama en aquella jurisdicción (aunque mi parte no se atreve a afirmar la certidumbre) de que el alcalde mayor introduce géneros por aquellas costas en perjuicio de su majestad y mantiene comercios ilícitos. Esta noticia sólo se expresa con el intento de que si vuestra excelencia lo estimare mande hacer la averiguación que juzgase oportuna.»<sup>32</sup> Y de hecho así lo estimó la Audiencia de México algunos meses después. No solamente mandó que el alcalde abandonara el pueblo para averiguar los excesos denunciados por el religioso,<sup>33</sup> también ordenó al gobernador de Veracruz que nombrase un comisionado para realizar las averiguaciones relativas a la posible defraudación al erario real.<sup>34</sup>

A la denuncia del cura Arizaga vino a sumarse otra que en junio de ese año realizó en Veracruz el ex-alcalde mayor del pueblo y, para ese entonces, administrador de los estancos de reales de tabaco y sal de Acayucan, Joseph Agustín de Casabona.<sup>35</sup> Desconocemos al detalle las diferencias entre Casabona y Aguiar, pero la evidencia documental que hemos recopilado sugiere que el desempeño de Fernández de Aguiar durante el tiempo que fungió como alcalde mayor de Acayucan provocó la molestia de varios sectores sociales, incluyendo las denuncias por abusos y maltratos de los pueblos indios de Acayucan y Sotepan.

Casabona acusaba al alcalde mayor de introducir y consentir la entrada de cargas de tabaco y sal, declarando a su antojo los arribos de embarcaciones a la barra de Coatzaco-

31. La presencia de Fernández de Aguiar en Acayucan confirma la expansión comercial del consulado capitalino en su intento por controlar el mercado de los textiles, agregando a su presencia en las provincias productoras de tintes, como Villa Alta (grana cochinilla) y Guatemala (añil), la inserción de sus agentes en las provincias costeras productoras de algodón, como Jicayan en el Pacífico y Acayucan en el Golfo de México –aunque es probable que en Los Tuxtlas y Cosamaloapan pueda observarse una situación similar. Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio de, *Theatro Americano...*, cit., p. 377.

32. Representación de Joseph Rafael de La Molina a nombre del Joseph Isidoro de Arizaga, cura de Acayucan, por excesos del alcalde mayor, 23 de abril de 1773, en AGNM, General de Parte, vol. 51. exp. 137.

33. Una vez revisada la denuncia y afianzados los dos mil pesos por la capitulación que el cura hizo contra el justicia de Acayucan, el fiscal de la Real Audiencia determinó que bajo pena de 500 pesos Aguiar se ausentase de la provincia, dejando «de su cuenta y riesgo a persona que administre justicia y cobre los reales tributos (...).» Representación de Joseph Rafael de La Molina a nombre del Joseph Isidoro de Arizaga cura de Acayucan por excesos del alcalde mayor, 23 de abril de 1773, en AGNM, General de Parte, vol. 51. Exp. 137.

34. En la misma comunicación el cura había solicitado a las autoridades que no se diese la comisión a ninguno de los dos alcaldes más próximos (de Cosamaloapan y Tuxtla), por ser amigos cercanos de Fernández de Aguiar. El designado por el gobernador de Veracruz para cumplir dicha comisión fue el teniente de Tlacoatlpan y administrador de los reales ramos estancados Joseph Caballero y Basave, un funcionario de todas las confianzas del gobernador veracruzano Juan Fernando del Palacio, que en 1777 sería designado primer administrador de la recién creada receptoría de alcabalas de Acayucan. Lamentablemente para él, una denuncia anónima ante el Santo Oficio de la Inquisición, lo acusó de hallarse casado en España, no obstante que en el pueblo eran públicas sus intenciones de casarse con una criolla de la región.

35. Por mandato del virrey de 9 de julio de 1772 Acayucan había quedado incluida bajo el estanco de la sal, por lo cual las cargas que entrasen a la provincia sólo podían ser compradas por el responsable del estanco, fijando dicha administración el precio de compra y de venta.



coalcos, así como las cargas que dichas naves transportaban.<sup>36</sup> La información de dichas pesquisas muestra la existencia de una activa ruta marítima que unía los comercios de Campeche y Acayucan, intercambiando principalmente sal por algodón, cacao y eventualmente cueros y carne en salmuera,<sup>37</sup> además de otras que vinculaban a la antigua provincia de Coatzacoalcos con el puerto de Veracruz, La Habana y Santander.<sup>38</sup>

El conflicto entre ambos funcionarios quedó de manifiesto cuando el alcalde pretendió que el encargado de los estancos se sometiese a su autoridad, mostrándole el libro de partidas y revelándole el nombre de los testigos de un contrabando de tabaco.<sup>39</sup> Y aunque en sus informes al gobernador de Veracruz, Fernández de Aguiar manifestó que su actuación se hallaba respaldada por el propio Casabona, la correspondencia del administrador de los estancos reales muestra lo contrario, denunciando que la presumible coordinación entre ambos y el testimonio de Casabona en el cual se eximía al alcalde de los contrabandos que le imputaban, lo obtuvo Fernández de Aguiar mediante presiones y amenazas.<sup>40</sup>

36. Se lee en el expediente: «Tengo recibido 150 fanegas de sal que me manifestó este caballero alcalde mayor, las que tengo anotadas en el libro de este ramo, y no molesto su atención sobre este particular por haberlo hecho el correo pasado y lo que si participo a Vmd, que desde que se estableció el Real estanco hasta la fecha, no le he merecido a este caballero me haya hecho manifestación de un registro de todo lo que han venido, sino que cuando se le ha antojado me ha dicho verbalmente, tanta sal ha venido.» El precio de la libra de sal en Acayucan para ese momento oscilaba entre los 18 y 20 reales. Carta de Joseph Agustín de Casabona al gobernador de Veracruz, Juan Fernando de Palacios, Acayucan, 19 de agosto de 1777, en AGNM, Correspondencia Diversas Autoridades, vol. 22, exp.39, f. 274 v.

37. No parece casual que el ministro interino de la Real Hacienda en el Presidio del Carmen fuese Francisco Rodríguez, un personaje ligado –al igual que Fernández de Aguiar– al comercio oaxaqueño, en cuya ciudad ostentaba el grado de teniente veterano del batallón de blancos provinciales de Oaxaca.

38. Diego Antonio Fernández de Aguiar comunica al virrey marques de Croix que por medio de don Joseph Quintero se ha proveído de ganado a Campeche, ante la plaga que azotada aquella provincia, 9 de mayo de 1771, en AGNM, Alcaldes Mayores, vol. 2, f. 257-257 v.

39. Quien cubrió los derechos generados por la mercancía introducida fue el propio alcalde, ante la ausencia en el pueblo del español Juan de Frías, presumible responsable del contrabando. Esto lleva a conjeturar sobre la complicidad entre Aguiar y Frías en los contrabandos denunciados. Pero es sólo una posibilidad.

40. El día 16 (de agosto) escribió Casabona al gobernador de Veracruz –me mandó llamar (el alcalde mayor) y me dijo trajera a su presencia el libro de los reales, que quería sacar de él y certificar las partidas de sal que se hallaban anotadas, lo que no ejecuté al instante y se lo puse de manifiesto; y para la práctica de esta diligencia hizo concurrir a don Joaquín de Hoyos, correo mayor, a don Álvaro Guzmán, diputado de las reales alcabalas y a don Pedro Ficachi, teniente de milicias, ante quienes certificó dichas partidas. Y luego proveyó auto para que yo y dichos testigos declarasen si acaso habían entrado otras embarcaciones de sal y si acaso él había comprado alguna de contrabando, a que lo respondimos todos de mancomún que no sabíamos nada, dicho alcalde mayor extendió la pluma cuanto quiso y nosotros lo firmamos, pues de no hacerlo así, uno era exponerse a perderse con su genio tan voraz, todo lo cual hago a Vmd., presente, como el que las citadas diligencias las remite a Su Excelencia para que le sirva a Vmd., de gobierno. Y yo por mi parte le suplico a Vmd., me ordene lo que debo ejecutar y si dicho caballero tiene facultad para hacerme manifestar los libros de Real Hacienda y las demás tropelías que conmigo está haciendo y le aseguro a Vmd., que estoy resuelto a que si me manda a que firme una herejía, a hacerlo temeroso de un lance y por estar mirando así lo hacen todos los vecinos temerosos (haré) lo mismo. Carta de Joseph Agustín de Casabona al gobernador de Veracruz Juan Fernando de Palacios, en AGNM, Correspondencia Diversas Autoridades, vol. 22, Exp. 39, f. 274, Acayucan, 19 de agosto de 1773. Nótese en esta cita la participación de Pedro de Hoyos, Álvaro de Guzmán y Pedro Ficachi. Los dos primeros amigos y colaboradores cercanos de la familia Franyutti-Quintero, mientras que el último estaba casado con Margarita, la menor de las hijas del cap. Juan Bautista Franyutti y Oliveros, el hombre más poderoso de la provincia entre 1740 y 1764, año de su muerte.



Aunque no conocemos al detalle el resultado de las averiguaciones hechas por el comisionado Joseph Caballero y Basave podemos imaginar las dificultades a las que se enfrentó para cumplir su encomienda, así como los recursos, favores y vínculos sociales que debió activar el alcalde en la cortes de México para no ser destituido, pues sabemos que retomó su cargo a los pocos meses, hasta que en 1776 lo sorprendió la muerte. Desconociendo su repentina desaparición, la Audiencia de México ordenó, en enero de 1777, dar un escarmiento público a Fernández de Aguiar «(...) debido a los continuos contrabandos que se efectúan por las costas de Veracruz.»<sup>41</sup>

¿Estamos ante un documento excepcional que informa de una práctica social igualmente atípica?, ¿Ante una fuente reveladora por la práctica excepcional que documenta?, ¿O ante un documento poco frecuente que informa de una práctica social recurrente? Me inclino a pensar más en la última posibilidad. Entiendo que se podrá argumentar por el contrario que se trata de un solo caso, pero a esto habrá que decir que situaciones similares se encuentran igualmente documentadas en la década del ochenta y del noventa, como ya habrá oportunidad de revisar. En estos casos se repiten los mismos patrones de acción que incluyen la participación directa de autoridades y de reconocidos miembros de la sociedad española local. Otro aspecto que fortalece nuestra interpretación del contrabando como una práctica institucionalizada es la reiterada alusión que en diversos expedientes se hace de las vías de comunicación empleadas por el comercio ilícito.

La extensión de este trabajo no permite describir a detalle las identidades sociales y adscripciones grupales de quienes aparecen en estos expedientes, tanto en su calidad de denunciantes, testigos, implicados o funcionarios encargados de realizar las pesquisas en los cuatro o cinco casos de contrabando y comercio ilícito de los que tenemos evidencia documental. Lo que sí es importante recordar es que una buena parte de quienes operaron como funcionarios de la administración colonial durante la segunda mitad del siglo XVIII, se encontraban vinculados (y ellos mismos entre sí) por lazos parentales, compromisos políticos y dependencias económicas a la familia oligárquica *Franyutti-Quintero*. Los miembros de esta red, aparecen en los expedientes de comercio ilícito y contrabando, tanto en calidad de inculpados, como de autoridades encargadas de realizar las averiguaciones y juzgar los casos.

El control que como funcionarios reales tuvieron los miembros de esta familia, tanto de la aduana marítima de la barra de Coatzacoalcos en su calidad de funcionarios reales, las vigías de ríos y lagunas, la administración de alcabalas, las milicias o del cargo de teniente de justicia, vuelve plausible la posibilidad de que en reiteradas ocasiones solaparan o participaran del comercio informal o de contrabando. Y para ello debían contar también con la complicidad, anuencia u omisión de los vigías españoles, mulatos e indios, responsables de vigilar cada una de las entradas y salidas fluviales.

La participación sistemática de las autoridades locales en el comercio de contraban-

41. Ordenándose se haga público escarmiento del alcalde mayor Diego Fernández de Aguiar, por los continuos contrabandos que se efectúan por las costas de Veracruz, 24 de enero de 1777, en AGNM, Reales Cédulas Originales y Duplicadas, vol. 237, exp. 35.

do en tanto práctica institucionalizada es una posibilidad histórica, pero una posibilidad que parece confirmarse cuando un recién llegado, una tensión social, la presencia de un viajero o comisionado o un conflicto abierto y descarnado entre miembros de la élite de poder abre un resquicio para que un secreto a voces que nadie quiere denunciar, sabor de las repercusiones que le ocasionaría, quede consignado en la documentación oficial. El hecho que este tipo de denuncias o acusaciones se presenten muy frecuentemente en una instancia de justicia superior a la local (escapando de esta manera al control ejercido por la oligarquía local), debiera alertarnos de la certeza de los agraviados o quejosos, que en el ámbito de justicia provincial no existía posibilidad de poner remedio a lo que ellos consideraban un abuso fuera de toda ley.

En la causa seguida contra Fernández de Aguiar aparecen mencionados bergantines provenientes de Campeche que, con licencias dudosas expedidas por el mismo gobernador de aquella plaza, arriban a las costas de Acayucan intentado colocar lo que para su «mala fortuna» no pudieron vender en el destino que tenían previsto. Procedimiento que no hace sino recordar al de las llamadas arribadas maliciosas, término empleando en la época cuando navíos extranjeros, so pretexto de hacer aguada o reparar las averías de su embarcación que les propinó alguna tormenta o huracán, logran obtener de las autoridades locales permiso para vender su cargamento, aunque cubriendo los derechos correspondientes. Este mismo procedimiento proporcionaba ventajas para los comerciantes locales de colocar en esos mismos navíos los géneros comerciales de la región.<sup>42</sup>

Entre los antecedentes que los oficiales de la Real Hacienda proporcionaron a Caballero y Basave para cumplir su comisión en Acayucan (de averiguar los contrabandos sorlapados por el alcalde mayor), se encuentra una información atribuida al administrador de los reales estancos de Acayucan, Joseph Agustín de Casabona, que vale la pena citar aquí:

D. Joseph Agustín Casabona, administrador en Acayucan de Reales Ramos Estancados por carta de 5 de este mes, a mí el Administrador General, dice que han sido tantas las porciones de sal que bajo el seguro de aquel Alcalde Mayor se han introducido y vendido, que ha quedado bien proveída toda aquella jurisdicción, lo que me participa para que no extrañe yo las

42. Carta del sr. Melchor de Peramás, secretario del virrey Bucarely al Gobernador de Veracruz, carta 7, 11 de agosto de 1773: «(...) nombren VE y Vmd de común acuerdo, un sujeto de toda su confianza y en quien concurren las cualidades de sigiloso, íntegro y demás que se consideren precisas a efecto de que pasando sin pérdida de tiempo a aquella cabecera con la adjunta carta credencial y orden expedidas al indicado Alcalde Mayor para que consiguiente a su recibo se presente en esta plaza a las órdenes de VE; proceda al embargo de la embarcación que se afirma estar cargándose de algodón; haga inventario formal y describa con prolijidad cuanto encuentre y practicado esta diligencia, como primera y principal se dedique a averiguar todos y cada uno de los particulares en que resulta cómplice según las deposiciones de los cuatro testigos examinados en esa plaza sin descubrir ni revelar sus nombres por ningún caso, a cuyo fin reciba de nuevo lo más que pueda, para comprobarlo y concluido devuelva la causa a VE y Vmd para que sentenciada y determinada con asesor se dé cuenta con las resultas al excelentísimo virrey de cuya superior orden lo prevengo a VE y Vmd para que su cumplimiento oportunamente se resolverá sobre los muchos que proponen con útiles y ventajosos a extinguir y aminorar los abusos que se notan por las frecuentes ilícitas introducciones de géneros que se hacen por esas costas», en AGNM, Correspondencia de Diversas Autoridades, vol. 22, f. 275. Las cursivas son mías.

ningunas ventas de sal en aquel estanco. Dice también de cien pesos que trajo un bergantín de Campeche, registradas, y, además cincuenta arrobas sin registro que recibió el alcalde mayor. El mismo Casabona por carta de 12 de este mes dice haberle llamado aquel alcalde mayor para notificarle hallarse en aquel río dos embarcaciones cargadas de sal (sin decirle el número de arrobas ni enseñándole los registros de ellas), determinando se volvieran a llevar dicha sal a excepción de cincuenta arrobas que (él) tenía concedida licencia para que dejase en tierra, ínterin, determinaba yo si se cogían de cuenta de su Magestad o él la cogía (y) era suya diciendo que las referidas cincuenta arrobas que quiere remitir con esas embarcaciones, son las que me avisó había traído el bergantín que cargado de algodón navegaba para Campeche.

Dice también el precitado Casabona que el paquebote de La Habana, que llegó allí a cargar pinos de cuenta de S. M. lleva a su bordo, por alto, cuarenta tercios de pita floja (ixtle) de los cuales le vendió el Alcalde Mayor quince tercios, a razón de uno y medio reales la libra y que tanto dicho Paquebote como las dichas embarcaciones habían introducido en aquella provincia porciones de géneros y aguardiente chinguirito sin mucho que se habían extraído en bongos por el Paso de Ocuapan y, –concluye diciendo Casabona– *que en una palabra está aquello peor que Curazao en materia de contrabandos*.<sup>43</sup>

Las rutas del comercio ilícito que hemos mencionado vuelven a aparecer en la solicitud presentada en 1781 por Antonio Álvarez Guerrero, para ocupar alguna de las administraciones de «aduanas y tabacos» de la costa. Una nota inserta en el plano de la mar del norte que acompaña su petición detalla la red de caminos de agua y tierra de la región. Al amparo de la cual circulaban las mercancías de indios y mulatos novohispanos, para ser intercambiados por los productos que arribaban a las costas del Coatzacoalcos y el Tonalá, provenientes de Campeche, Tabasco y el Caribe español e inglés. Las rutas alternas seguidas por la grana cochinilla y algodón que producían los mixtecos, mijes y zapotecos circulaba intensamente por la región «(...) por las muchas entradas y salidas que hay en la Barra de Goazacoalcos y demás ríos caudalosos de la región, por los cuales se introduce todo cuanto viene embarcado desde el reino de Campeche y Tabasco, entrando primero por la Barra de Coatzacoalcos y río grande que tiene muy caudaloso (...).»<sup>44</sup>

43. Instrucciones de Juan Francisco de Palacios y Pedro Antonio de Cossío al comisionado Joseph Agustín Caballero y Basave, 11 de agosto de 1773, en AGNM, Correspondencia de Diversas Autoridades, vol. 22, f. 277. Las cursivas y paréntesis son míos.

44. Resguardo de la Costa del mar del norte y ríos de Acayucan, Tuxtla y Cosamaloapan, octubre de 1761. AGNM, Marina, vol. 126, exp., f. 254-269. Dice la referida nota que acompaña al mapa: «Se previene que desde la barra de Coatzacoalcos y su río caudaloso viniendo desde la provincia de Tabasco y Campeche se puede introducir cualquier contrabando, embarcado río arriba, hasta los mijes de la serranía de Villalta y de esta pasar por tierra todo el obispado de Oaxaca. Desde dicha serranía de Villalta vuelve a salir el río de Goatzacoalcos y se introduce por medio de la provincia de Acayucan donde toma el nombre de San Juan Michapa y otros dos ríos caudalosos y navegables que descienden de dicha sierra, nombrados ríos de Tesechoacán y río de Cosamaloapan y entran con el de San Juan Michapan en el río grande de Tlacotalpan. De este se sigue navegando hasta entrar a la barra de Alvarado y desde esta se introducen todos estos ríos en el mar de la costa. Si se quiere desde Tabasco, sin fondear en el río de Gozacoalcos y Paso de Tacojalpan, atravesando la barra de noche y costeano mar adentro, pueden fondear en un estero nombrado Monzapa o caño de agua que sale del mar, y desembarcar cuanto se quiera e introducirse su carga atravesando la provincia por caminos ocultos y salir al Paso de Santa Catalina de los Pozos y embarcar tdo en el ío de San Juan Michapan, río arriba hasta los mijes, Villalta y todo

Otro plano del Partido de Los Agualulcos,<sup>45</sup> muy presumiblemente de fines del siglo XVIII, complementa la información, mostrando las rutas que desde la jurisdicción de Simojovel, Chiapas y los pueblos Agualulcos llegaba por río a las barras de los ríos Tonalá y Coatzacoalcos.<sup>46</sup>

La manera en que Álvarez Guerrero describe la costumbre de dar salida a las mercancías de tierra adentro que llegaban a la barra del Coatzacoalcos («al salir los bongos cargados de cacao, bajando el río de Tierra Colorada (N), y haciendo la travesía a la mar desde la barra de Tonalá (T) a entrar en la de Goazacoalco, la extravían en bongos de Campeche que están a este trato, pretextando la pesca en la boca de las barras») vuelve a confirmarse otro sonado caso de introducción ilícita de géneros que se realizaba en la costa de la provincia de Acayucan durante los años de 1798 y 1799. En aquella ocasión eran barcos pesqueros provenientes de Alvarado y Tlacotalpan, los que con el pretexto de practicar pesquerías en las barras del río Tonalá y Coatzacoalcos introducían al territorio novohispano géneros provenientes de Jamaica y Nueva Orleans, a cambio de los frutos de la tierra que ya se han comentado en este trabajo en más de una oportunidad.

Entre los dueños de dichas embarcaciones se hallaban el administrador del estanco de tabaco de Tlacotalpan Juan José Serrano y Laraña y el mismo militar responsable de vigilar dicha salida al mar, el teniente retirado Joaquín Esparza, alguacil mayor del cabildo veracruzano. La presencia de tlacotalpeños y alvaradeños en las costas de la provincia de Acayucan se hacía con la anuencia y autorización de don José Verdú, comandante segundo de la tercera división de las milicias de la costa del norte, juez territorial subdele-

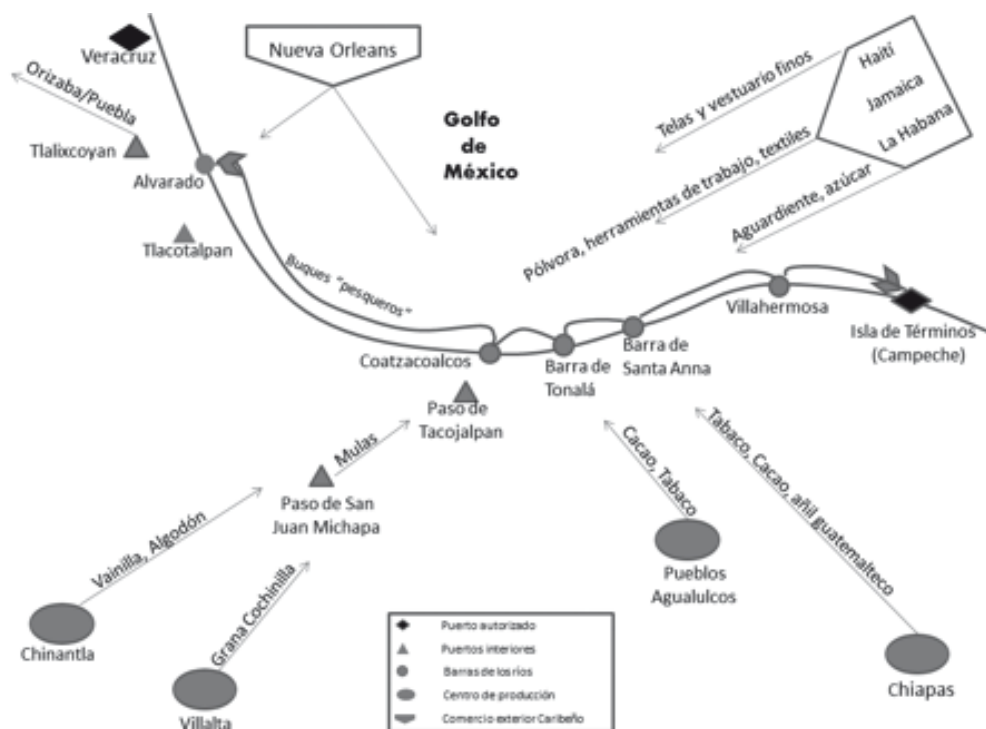
---

dicho obispado. Dejo otros muchos sitios ocultos y arroyos que no van puestos en dicho plano respecto de que estos, contemplo, no son precisos y si los que llevo expuestos, los cuales merecen mucha atención y de resguardo mediante a que dicha provincia y costa de la barra de Goazacoalcos es de las más considerables que hay en este reino, pues solo la provincia tiene de latitud 80 leguas, dejando aparte las otras jurisdicciones que comprenden los ríos.»

45. Ocuapan era la cabecera del corregimiento de Los Agualulcos, también perteneciente a la provincia de Acayucan. Este corregimiento estaba conformado por cuatro pueblos indios ubicados en la frontera de las provincias de Acayucan, Tabasco y Chiapas y un número considerable de mulatos viviendo en ranchos y parajes. Los pueblos en cuestión (Huimanguillo, Tecominuacan, Ocuapan y Mecatepec) producían especialmente cacao y tabaco y también se dedicaban a la arriería y transporte de canoas. Su estratégica posición en las inmediaciones del río Grijalva, lo hacían participar del comercio que provenía de la provincia de Chiapas.

46. Plano del Partido de Los Agualulcos, en AGI, Mapas México, 722, sin fecha. La descripción que acompaña a dicho mapa dice lo siguiente: «Todo el cacao de Tabasco que por tierra va a tierra fría del reino, pasando por la caliente, como forzosamente pasa al salir de las haciendas o cacaguatales de Tabasco viene embarcado en bongos que suben el río de Huimanguillo (H), sin traer guía alguna, descargándolo en el pueblo de este nombre (F), de la jurisdicción de Los Agualulcos. De allí, atravesando el pueblo y cabecera de Ocuapan o a una ruta de este es conducido en mulas, a embarcarlo (también sin guía) en bongos que están a la carga en el embarcadero (+) del río de Tierra Colorada (N). Hasta aquí llegan toda calidad de tercios, según y como salió de Tabasco, porque no tienen otro boquete por dónde salir, siendo como es Ocuapan un almacén que por su naturaleza tiene bajo de llave toda aquella carga. Al salir los bongos cargados de cacao, bajando el río de Tierra Colorada (N), y haciendo la travesía a la mar desde la barra de Tonalá (T) a entrar en la de Goazacoalco, la extravían en bongos de Campeche que están a este trato, pretextando la pesca en la boca de las barras. Y si no suben el río de Goazacoalco y transbordando los tercios en canoas van por este río arriba a venderlo a los mijes, jurisdicción de la Villa Alta y lo mismo subiendo el río de (San Juan) Michapan por los cuales se libentan buenas partidas de cacao, sin pagar el nuevo impuesto de Tlalixcoyan.»

FIGURA 1. Flujos de intercambio comercial en la Costa de Sotavento.



gado de matrícula de marina, y diputado del Real Tribunal del consulado de Veracruz, en el puerto de San Cristóbal de Alvarado.<sup>47</sup>

Los casos aquí reseñados llevan a fortalecer la idea que estas redes de comercio «informal» se encontraban fuertemente arraigadas en el corazón mismo de las instituciones españolas y sus funcionarios, no sólo por contar con la participación de autoridades y élites locales, sino también por la muy probable colaboración en estos circuitos de los pueblos indios encargados de vigilar las costas. Este comercio de contrabando que se extendía con portugueses, ingleses, franceses y angloamericanos produjo ganancias nada despreciables a sus participantes, toda vez que permitía la salida de productos locales (algodón, cacao, ixtle, tabaco y cueros), a cambio de aguardiente, sal, textiles, machetes, libros, etc., no gravados con los impuestos del almojarifazgo y alcabala.

Dejemos por un momento estos episodios para conocer la travesía de un comerciante gaditano perteneciente a una familia de cargadores de Indias, en su viaje desde el Caribe

47. Sobre extinción de pesquerías en Goazacoalcos y Tonalá, año de 1799, en AGNM, Marina, vol. 130 A, f. 207-226 y Providencias tomadas para evitar el contrabando en las costas de Alvarado y Goazacoalcos, año de 1799, AGNM, Marina, vol. 141, f. 1-24.

francés a las provincias costeras del Sotavento, en su intento por salir airoso de las deudas que lo aquejaban ante los perjuicios al comercio provocados por una de las tantas guerras que España sostuvo con Inglaterra en aquel convulsivo final de siglo.

## 7. La desafortunada aventura del mercader José Ignacio Haedo Grillant<sup>48</sup>

Para el invierno de 1785, cuando le fue decomisado un importante cargamento de mercancías en la provincia de Acayucan, Joseph Ignacio Haedo Grillant era un joven comerciante de 28 años, miembro de una familia de comerciantes gaditanos «Cargadores de Indias». Nacido en el Puerto de Santa María, «de padres ilustres y siguiendo las huellas de quien me dio el ser me apliqué al comercio» estableciéndose en la capital de la Nueva España, a la sombra de su propio padre. Su hermano Miguel, muy probablemente habría pasado a la Nueva España por vez primera en 1764 y, al menos, lo hizo en una ocasión más en 1772.<sup>49</sup> Dos licencias de pasajeros a Indias concedidas a Joseph Haedo en los años 1770 y 1776 dan constancia que, al igual que su hermano, la familia se encontraba muy activa en el comercio ultramarino.<sup>50</sup> Según lo escribiría algunos meses más tarde en una carta dirigida al virrey en la que solicitaba el perdón (abril, 1785), la guerra contra Inglaterra de 1782-1783 lo habría dejado en la ruina con un quebranto económico de 200,000 pesos, que con penurias le permitían cubrir los intereses de sus deudores y socios comerciales, entre los cuales se pueden mencionar a destacados miembros del consulado de comerciantes de la ciudad de México, entre los que figuraban José Nicolás Abad, Miguel Sánchez Hidalgo y Antonio de Velasco. Tratando de remediar su situación, resolvió dirigirse a La Habana («me hallaba por otra parte sin poder cobrar las cantidades que tenía repartidas, la mayor parte en La Habana») con la esperanza de poder cobrar cantidad de géneros que se le adeudaban ante la imperiosa necesidad de responder a sus acreedores.

La mala fortuna hizo que al llegar a La Habana se enterara que su principal deudor había marchado a El Guárico (hoy Cap Haïtien, Haití), a donde se dirigió «ya empeñado en su necesidad» logrando dar con él, pero sin ninguna posibilidad de que cubriera la deuda en dinero amonedado. A cambio de eso le habría ofrecido saldar la cuenta pendiente con diversos géneros, «a que me contenté por no haber otro remedio». Para tal efecto adquirió el buque nombrado «Cornuallis» con el cual cargó en aquella isla france-

48. Los episodios narrados a continuación provienen del documento titulado «Decomiso a Joseph de Haedo», en Archivo General de Indias (en lo sucesivo AGI), México, 2415, salvo en los casos que se especifique lo contrario.

49. Licencia de pasajero a Indias de Miguel Haedo, mercader para pasar con cargamento de mercancías a América, mayo 1772, en AGI, Contratación, 5516, N. 120; Licencia de pasajero a Indias de Miguel Haedo, mercader, para pasar con cargamento de mercancías a Veracruz, diciembre 1764, en AGI, Contratación, 5508, N. 2, R. 94.

50. Licencia de pasajero a Indias a Joseph Haedo, junio, 1770, en AGI, Contratación, 5504, N. 50; Constancia de pasajero a Indias a Joseph de Haedo, abril 1766, en AGI, Contratación, 5521, N. 161.

sa su mercancía con la expectativa de venderlo en Nueva Orleans beneficiándose del reglamento de libre comercio promulgado algunos años antes. La desgracia volvió otra vez a presentarse y una feroz tormenta desvió la nave de su curso arrastrándola a las costas de Tabasco. Los daños causados a la embarcación exigieron reparaciones mayores que debían hacerse de forma inmediata. Al llegar a Villahermosa de Tabasco contó con la comprensión de Manuel María de Mendiguren, a la sazón gobernador interino de aquella provincia e importante miembro del comercio veracruzano, convenciéndole de su sana intención de dirigirse a la Real Aduana de Veracruz para cubrir los derechos de introducción correspondientes por las mercancías que traía consigo. Para no retrasar más su viaje y movilizar sus mercancías (la nave requería ser llevada al presidio del Carmen para su reparación), Haedo se hizo de un bongo y su tripulación con el cual se dirigió a la barra de Coatzacoalcos con la intención de alcanzar el Paso de San Juan Michapa y desde allí alcanzar por vía fluvial Tlacotalpan hasta llegar al puerto de Veracruz.

Así fue como el 13 de febrero de 1785, a las once de la mañana aproximadamente, apareció en el pueblo de Acayucan un sujeto de porte español, «de estatura regular, blanco color rubio, pelo castaño, su edad como de 28 años», solicitando la ayuda del teniente de justicia, Andrés Antonio García,<sup>51</sup> a fin de conseguir las recuas de mulas que le permitieran movilizar sus mercancías del Paso de Tlacojalpan (en la margen izquierda del río Coatzacoalcos y muy próximo a su desembocadura) al mencionado Paso de San Juan Michapan (ubicado sobre el margen derecho del río San Juan Michapa, afluente del río Papaloapan). A Haedo se le alojó en las Casas Reales y se le prometió la ayuda solicitada, aunque al poco tiempo de esto, el teniente García recibió noticia del vigía de la barra de Coatzacoalcos, en la que informaba de la entrada de un bongo «sin registro». Con esta información, el teniente de justicia giró instrucciones para que un piquete de soldados próximos a donde se encontraba la embarcación de Haedo, confiscara las mercancías y tomara presa a la tripulación.

Llegados a este punto del relato, las versiones difieren respecto de las intenciones de Haedo y la actuación de los funcionarios de Acayucan.<sup>52</sup> Lo que ocurrió a continuación fue la huida de Joseph de Haedo del pueblo de Acayucan, el despliegue de más milicia y funcionarios de la alcabala para formalizar el decomiso, el hallazgo de una pequeña em-

51. Andrés Antonio García estaba a cargo de la alcaldía por la ausencia del alcalde mayor, Diego Havet y Maestre, quien se hallaba en los pueblos indios recolectando los tributos y haciendo una nueva traza tributaria.

52. En versión del teniente, se trataba de un decomiso de géneros con un valor superior a los 80,000 pesos, logrado gracias al celo y empeño que puso por hacer cumplir la ley y servir a los intereses de Su Majestad. En versión del introductor, el decomiso respondió, menos a la preocupación del teniente por cuidar los intereses, reales, que a la negativa de Haedo de pagar el soborno exigido. El teniente había alojado a Haedo en las Casas Reales del pueblo y al tiempo que prometió ayudarlo a mover su cargamento del río Coatzacoalcos al San Juan Michapan, orquestó un plan para decomisar las mercancías de Haedo. El teniente Andrés Antonio García era también el encargado de las bodegas de San Juan Michapa y se encontraba vinculado a la red familiar de los Franyutti-Quintero, dado que Joseph Quintero, el hombre fuerte de la provincia en aquel entonces, era su principal habilitador y protector. El asunto del decomiso permitió a García fortalecer su aspiración de conseguir para sí la alcaldía mayor de Acayucan, apenas concluyera el periodo de su superior, el alcalde Havet y Maestre. Lamentablemente para él, la muerte no se lo permitió.



barcación quemada y una parte de la mercancía abandonada monte adentro, pero sin noticias del bongó, la tripulación o el propio Haedo. Se enviaron comunicaciones a las provincias sotaventinas colindantes y a los dueños de las haciendas ganaderas solicitando su aprehensión, sin embargo de Haedo y sus mercancías no se supo más. Se interrogaron a los vigías españoles e indios, a los vecinos que vivían inmediatos a la zona donde se encontraron los géneros, a los tenientes criollos de las milicias provinciales que vivían en la margen este del río Coatzacoalcos y la respuesta fue siempre la misma: nadie supo, vio ni oyó nada.

Una estimación de lo decomisado («dispuestos en 31 baules y unos cajoncitos y sobornales») superaba los 64, 000 pesos y se hallaba compuesto en su mayoría por pañuelos de gaza, pañuelos de algodón de saya, piezas de burato negro de saya, medias francesas de primera parfa hombre, pañuelos de morcelina, hilo de salón, vestidos de terciopelo de colores diversos, bordados multicolores al canto, piezas de gasse, medias francesas de seda, olán batista, medias de terciopelo de Italia, cinta negra, hojas de espadines, penachos de plumas, guantes para hombre, encajes de Flandes, piezas de prusianas de varios colores, relojes de oro con cadena, sombreros negros de castor, muselina de carro de oro, botonaduras de hilo de plata fino, etc. Mercancía que proveniente del Caribe se introducían en la Nueva España y, que por la descripción que tenemos de ella podemos suponer tenía como potenciales compradores a las clases altas de la capital o localidades aledañas.

Por una carta de su puño y letra que Havet dirigió al Ministro de Indias, Joseph de Gálvez, solicitando el perdón, sabemos que el infortunado comerciante arribó a la ciudad de México a inicios del mes de marzo «sin que nadie lo viera», atravesando el reino con una porción de los géneros con los que había partido de El Guárico meses atrás.

En un informe enviado por Francisco Manuel de Cajigal, gobernador de la Habana en 1753 al ministro de Hacienda se advierten los vínculos de este puerto comercial francés con el mercado cubano vía La Habana:

No obstante las providencias que el gobierno de la Habana ha dado contra el ilícito comercio, no ha conseguido extinguirlo, por que abusan de ellas sus adléteres y confidentes y no tienen de quien fiarse. Y se experimenta en esta ciudad y en toda la isla una relajación absoluta en la introducción de ropas y todos géneros, del trato que mantiene los vecinos con el Gúarico y demás colonias francesas y con los ingleses de Jamaica, tan sin moderación ni recato, que por los puertos, costas y surgideros de ellas, por la bahía, aduanas y puertas de tierra de esta ciudad, entran sin embarazo, en tanta abundancia, que de estos géneros hay distintos almacenes en que se venden a mercaderes y vecinos y aun por las calles públicamente, en carretillas, por precios tan baratos como permite su adquisición, en que no se pagan derechos ni corren riesgos.<sup>53</sup>

53. Citado en González-Ripoll Navarro, María Dolores, *Cuba, la isla de los ensayos: Cultura y sociedad (1790-1815)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Humanidades. Instituto de Historia, 1999, p. 47.

## 8. Un epílogo como pretexto para reflexionar

El crecimiento económico de la región sotaventina fue estimulado por el auge del algodón, las necesidades de proteger militarmente la región costera ante posibles invasiones extranjeras tras la toma de La Habana por los ingleses en 1763 y el establecimiento de cortes de madera en la región. En su conjunto, propició la reactivación paulatina y semi oficial de la ruta marítima Veracruz-Coatzacoalcos, que durante el siglo XVI había estado en funcionamiento, pero que al despuntar la centuria siguiente había caído en desuso. Otra circunstancia que incentivó el tráfico marítimo en las provincias costeras fue el envío de carne de res en salmuera para abastecer las necesidades alimenticias de las tropas españolas acantonadas en las posesiones caribeñas. Este negocio fue muy bien aprovechado por la oligarquía acayuqueña que, de la mano de Joseph Quintero, logró obtener en 1771 y años posteriores diversas contratas con la Real Hacienda para el envío de carne en barriles mezclados de agua y sal (salmuera).

Estos factores incidieron para que desde 1770 la circulación de goletas, buques y balandras entre Veracruz, Alvarado, Coatzacoalcos, Tabasco y Campeche se haya intensificado. Y como ya se vio en las averiguaciones realizadas por el contrabando que realizaba el alcalde mayor de Acayucan Diego Fernández de Aguiar, las naves que desde La Habana llegaban a recoger los pinos y cedros para los astilleros y construcción de edificios traían consigo otros productos y se llevaban otros tantos.

Con el paso del tiempo, la historiografía económica del periodo colonial tardío empieza ofrecer información más precisa y detallada de los nexos comerciales e intereses compartidos entre habaneros y veracruzanos.<sup>54</sup> Las conexiones e intereses económicos entre la Nueva España y la región caribeña en torno al abastecimiento de las fortificaciones militares caribeñas, el envío del Situado, el envío de harinas y arboladuras o el comercio con neutrales constituyen una dimensión fundamental de los vínculos mercantiles entre estas dos regiones. En este trabajo hemos intentado mostrar otro aspecto de esta relación: la del comercio de contrabando. Para ello se ha intentado poner en evidencia, la funcionalidad de un entramado de rutas acuáticas, no siempre perceptibles en mapas convencionales, que sirvió para acercar dos espacios fundamentales de la economía mundial mediante un tipo de comercio difícil de documentar y más de cuantificar: un comercio ilícito y, a la vez, institucionalizado.

Hemos aprendido de los trabajos de geo historia de inspiración braudeliana, que los

54. Garate Ojanguen, Monserrat, *Comercio ultramarino e Ilustración. La Real Compañía de La Habana*, Donostia-San Sebastián, Departamento de cultural del Gobierno Vasco, Col. Ilustración Vasca, t. VI, 1993; Grafenstein, Johanna von, «Provisión de víveres para la Real Armada y presidios de Barlovento en el siglo XVIII: su arrendamiento a particulares o administración directa», en Martínez López-Cano, María del Pilar; Ernest Sánchez Santiró y Matilde Souto Mantecón (coord.), *La fiscalidad novohispana en el Imperio español. Conceptualizaciones, proyectos, contradicciones*, México, Instituto Mor – Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM, 2015, pp. 105-138; Alves Carrara, Angelo y Ernest Sánchez Santiró, *Guerra y fiscalidad en la Iberoamérica colonial (siglos XVII-XIX)*, México, Juíz de Fora: UFJF – Instituto Mora, 2012; Gelman, Jorge; Enrique Llopis y Carlos Marichal (coords.), *Iberoamérica y España antes de las independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis*, México, Instituto Mora – CONACyT – El Colegio de México, 2014.

centros productivos o de consumo son tan importantes como los caminos que los unen destacando, en el funcionamiento eficaz de un macro espacio económico, una densa red de intercambios que da sustento a la vida material e inmaterial. Asegurar el control o acceso a los puntos nodales del intercambio socio económico resulta fundamental para el mundo de los negocios. Las redes de parentesco que soportaban los distintos grupos de interés cumplían entonces con la función de cooptar la mayor cantidad de puestos, encargos, títulos, nombramientos o dignidades disponibles, pues era desde la combinación de todos ellos como se ejercía, aseguraba y reproducía el poder. Es entonces cuando cobra todo su valor el poder fortalecido de las élites regionales novohispanas y su capacidad de imponer, negociar o incluso dejar hacer. Valorando adecuadamente las conexiones del mundo de los negocios, con la política y la sociabilidad de Antiguo Régimen se puede comprender que el comercio de contrabando haya sido un recurso estratégico empleado lo mismo por pequeños comerciantes que grandes almaceneros o cargadores de Indias.

La desafortunada aventura de Joseph de Haedo importa aquí porque permite dotar de densidad histórica relaciones espaciales que se desarrollan al compás de las coyunturas políticas internacionales y los juegos de poder local. Lo representativo que pueda haber en los episodios que hemos referido no se halla necesariamente en los hechos en sí, sino en los espacios y rutas que ponen en evidencia. La Habana, Jamaica, Alvarado, El Guárico, Campeche, Tabasco, la sierra Mixe, Villa Alta, Tlacotalpan, Paso de San Juan, Nueva Orleans, barra de Coatzacoalcos, constituyeron rutas de la globalización comercial y espacios bisagra que vincularon el mercado interior novohispano con la mar Caribe y el Océano Atlántico. Otro tanto debió ocurrir en las costas del mar del sur (Pacífico novohispano), del que no hemos hablado en este trabajo.

La publicación el 22 de julio de 1791, de un «Indulto General del delito de contrabando a todos los que no hayan cometido homicidio», concedido por el Rey de España en Madrid algunos meses atrás, fue la ocasión para que se conociera en Acayucan a los cómplices de Haedo, tanto para facilitarle el acceso al río, lo mismo que para desaparecer sin dejar rastro, cuando el teniente García envió a milicianos a hacer el decomiso. De los cuatro personajes que reconocieron y manifestaron haber participado en el contrabando, dos de ellos se desempeñaban como funcionarios reales, mientras que un tercero, al momento de solicitar el indulto se desempeñaba como teniente de milicias del pueblo de Chinameca. Curiosamente, Chinameca era un asentamiento de pardos y mulatos, que entre sus obligaciones tenían vigilar las costas para prevenir ataques enemigos e impedir, precisamente, la introducción de géneros del comercio ilícito.

De la complicidad del comerciante veracruzano Manuel de Mendiguren, a la sazón, gobernador interino de Tabasco, se supo en las semanas posteriores a aquel evento, lo que motivó que se convirtiera durante aquellos años en prófugo de la justicia. Tanto para él, como para el propio Haedo, de la misma condición que el primero, el mencionado indulto era la oportunidad ideal para intentar obtener el perdón y reintegrarse a la vida pública, recuperando el buen nombre que la familia tenía.

He dejado para el final de este trabajo unas breves reflexiones sobre el papel de los indios como vigías encargados de custodiar la desembocadura de los ríos y la presumible

participación de los pueblos de indios en las rutas de contrabando. Sabemos por la explicación que ofreció el propio Havet, que abandonó la provincia «haciéndose nuevamente a la mar», lo que necesariamente implicó cruzar una vez más la desembocadura del río Coatzacoalcos. Sin embargo, en los interrogatorios que se hicieron al vigía español, como a los indios vigías, estos dijeron no haber visto nada. Incluso el vigía español, José Mariano Jáuregui, al ser preguntado por la hora en que el bongo salió de huida y si le pidió registro como los que acostumbran salir a Ocuapan respondió:

(...) que él no lo ha visto salir y considera tal vez lo habrán hecho de noche, que por lo ancho del río no pudo verlo, aunque mantiene uno de los indios que le ayudan en vela. Que con el motivo de no haberlo visto no pudo llamarlo para pedir la licencia o registro y, que aunque hubiera vístolo (*sic.*) y llamándolo, si no querían ellos atrasar no podía obligarlos, por lo indenfeso que se halla en aquel paraje por no tener nada para un lance que se pueda ofrecer le defienda, ni con que poder defender la entrada de cualquier buque por lo hondable y ancho del río (...)

La respuesta del gobernador indio de Moloacán no fue distinta, no obstante el conocimiento que tenemos de la ruta de escape:

(...) Dijeron que ellos han oído decir de un bongo quemado en el estero de San Antonio y rumor de gente en el monte, porque se los avisó Antonio Santiago y Domingo Morales (macehuales) que andaban pescando el viernes y que en cuanto tuvieron noticia se lo avisaron a don Lucas de Torres (entonces teniente de milicias) para que mandase ver lo que era. Sobre si saben pueda salir del paraje donde se hallan el bongo quemado, la gente o alguna carga que tengan oculta en el monte, dijeron que por tierra no puede salir, por el poco o ninguno avío que hay de mulas de carga y por el agua solo en canoas lo pueden hacer; y esto tampoco se puede verificar pues no hay canoas para ello. Y que conjeturan que más arriba o más abajo del monte esté escondida la carga y gente. No firmaron por no saber.

Al construir una pequeña serie de diez años sobre el dinero que los 18 pueblos de la provincia de Acayucan tenían en sus cajas de comunidad entre 1779 y 1788, me ha llamado la atención advertir que los tres pueblos en 1784 disponían de más fondos ahorrados, Minzapan (1.227 pesos), Texistepec (1.003 pesos), Xoteapan (844 pesos) se encontraban inmediatos o bien a la costa del Golfo o al río Coatzacoalcos. Los ahorros de estos tres pueblos indios y su conexión con espacios que reiteradamente las fuentes documentales señalan como lugares de introducción del contrabando –Laguna de Minzapan y antiguos embarcaderos prehispánicos semi abandonados ubicados sobre el curso del Coatzacoalcos no me ha sido indiferente. Me he preguntado cómo habría sido posible que las mercancías contrabandeadas atravesaran los territorios de estos pueblos (o de otros más de la provincia) y que las «repúblicas de naturales» no se hubiesen percatado de nada– como ocurrió con los indios vigías y el gobernador de Moloacán –ni presentado denuncias o queja alguna sobre el particular.

Soy consciente de que sería demasiado ingenuo explicar los fondos monetarios de un

pueblo atendiendo solamente a su posición geográfica.<sup>55</sup> Pero acaso ¿no sería igualmente ingenuo suponer que los pueblos indios se mantuvieron ajenos a las redes de contrabando y flujos de mercancías que circulaban muy cerca de sus pueblos? Siendo Texistepec (375 tributarios en 1781) uno de los tres pueblos más poblados de la provincia (junto a Xoteapan, 331 tributarios y Acayucan, 388 tributarios) el monto de sus ahorros podría expresar las contribuciones que los hijos del pueblo realizan, pero no ocurre lo mismo con Minzapa, que contando con 143 tributarios reportados en 1781 contaba con el fondo más importante, superando los 1.200 pesos. Pero no son conclusiones las que quiero plantear aquí sino interrogantes para futuros programas de investigación.

Al hacer alusión, al inicio de este texto, al debate en torno al tipo de desempeño y administración del imperio que desplegó la monarquía española en América, suscribí la idea del pacto o negociación entre la corona y las élites novohispanas, sosteniendo que lo que algunos historiadores interpretaban como debilidad del Estado español para hacer cumplir sus leyes autoritarias, podría también considerarse como una fortaleza del tipo de poder que se ejercía, constituyendo la elasticidad del sistema de gobierno un aspecto favorable al momento de negociar o acordar. Y el garante de ese mismo pacto era ni más ni menos que la legitimidad del propio soberano como juez supremo para dirimir las controversias entre sus súbditos.<sup>56</sup>

El manejo que las élites novohispanas hicieron de las rutas del comercio legal e ilegal fue de suma importancia para la inserción de las economías regionales novohispanas al mercado mundial, como desde hace varias décadas los mostraron los trabajos de Zacarías Moutoukias para la región del río de La Plata.<sup>57</sup> Y muy probablemente fueron provechosas para los pueblos indios o la población de origen africano que según nuestra investigación participaron de este tipo de intercambios. La «institucionalización» del contrabando y la propuesta de estudiar a la Nueva España desde la construcción y funcionamiento de los distintos mercados regionales (y no sólo en función de la renta que es capaz de transferir) pone sobre la mesa la urgente necesidad de revisar los criterios, conceptos y categorías con que nos acercamos a observar el pasado, pues el cristal con el que se mira termina por constituir a la realidad misma. La presumible institucionalización del contrabando se entiende más fácilmente cuando se reconstruyen las identidades sociales de quienes en un lugar y fecha dada aparecen como funcionarios «x», pero que en distinto momento son ellos los responsables de la introducción ilícita de mercancías y, para este fin, la representación real de la que pueden disponer es un activo más que valioso.<sup>58</sup>

55. De entrada porque habría que considerar sus bienes de comunidad o el dinero invertido en la compra de algún rancho o animales para la arriería o cría de animales.

56. Ibarra, Antonio, «Orden, desorden y atraso: El acertijo latinoamericano de la originaria inestabilidad política y el tormentoso cambio institucional, a propósito del bicentenario», en *Revista Uruguaya de Historia Económica*, año 1, núm. 1, noviembre 2011, pp. 102-110.

57. Moutoukias, Zacarías, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*, Buenos Aires, Bibliotecas universitarias. Centro editor de América Latina, 1988.

58. Bertrand, Michel, *Grandeza y Miseria...*, cit.; Moutoukias, Zacarías, «Burocracia, contrabando y auto transformación de las elites. Buenos aires en el siglo XVIII», *Anuario del IEHS*, vol. III, Tandil, 1988, pp. 63-115.

Para la segunda mitad del siglo XVIII, la Costa de Sotavento no era un lugar tan distinto a los demás. Con sus villanos, milagros, temores, complicidades, amores y sueños, era también el espacio en donde al igual que los comerciantes de otras latitudes, se tejieron alianzas, fortalecieron vínculos y tejieron redes comerciales que, como bien lo anotó Antonio García de León «se enfrascaron en sus tratos y contratos encargándose de hacer pequeño el mundo». <sup>59</sup>

## Bibliografía

### *Fuentes de archivo y siglas*

AGNM: Archivo General de la Nación, México.

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla.

### *Referencias bibliográficas*

- Alcántara López, Álvaro, «Ariles de la majada. Ganadería, vida social y cultura popular en el sur de Veracruz colonial», Tesis de Maestría, FFyL, UNAM, México, 2004.
- , «Redes sociales, prácticas de poder y recomposición familiar en la provincia de Acayucan, 1764-1802», en Ibarra, Antonio y Guillermina del Valle (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares en el mundo iberoamericano*, México, Instituto Mora, 2007, pp. 215-248.
- , «Configuración territorial, grupos de poder y dinámicas sociales en la provincia colonial de Guazaqualco, siglos XVI al XVIII», en Velázquez, Emilia; Eric Leonard, Odile Hoffman y Marie France Prévôt-Schapira (coords.), *El Istmo Mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI al XXI)*, México, CIESAS – IRD, 2009, pp. 91-160.
- , *Disidencia y poder familiar y cambio social en la provincia de Acayucan, 1750-1802* (introducción), Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras (en lo sucesivo FFyL), Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante UNAM), México, 2015.
- Alves Carrara, Angelo y Ernest Sánchez Santiró, *Guerra y fiscalidad en la Iberoamérica colonial (siglos XVII-XIX)*, México, Juiz de Fora: UFJF – Instituto Mora, 2012.
- Bertrand, Michel, *Grandeza y Miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España, siglos XVII y XVIII*, México, FCE, 2011.
- , Viejas preguntas, nuevos enfoques: La corrupción en la administración colonial española, en Andújar del Castillo, Francisco y María del Mar Felices de la Fuente (eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 46-62.
- Böttcher, Nikolaus, Bernd Hausberger y Antonio Ibarra (coords.), *Redes y negocios globales en el mundo ibérico, siglos XVI-XVIII*, México, Bibliotheca Ibero-Americana, Vervuert – El Colegio de México, 2011.
- Coatsworth, John, «Political economy and economic organization», en BULMER, Victor; John

59. García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera...*, cit., p. 12.



- Coatsworth y Roberto Cortés (eds.), *The Cambridge economic history of Latin America*, vol. I, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 2006, pp. 237-238.
- Coello, Alexandre, Claudia Contente y Martín Rodrigo, «Corrupción, codicia y bien público en el mundo hispánico, siglos XVIII-XX», *Illes i Imperis*, núm. 15, 2014 (puede consultarse en línea <<http://www.raco.cat/index.php/IllesImperis/issue/view/21584>>).
- Chaunu, Pierre, «Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII», en *Historia Mexicana*, vol. 9, núm. 4, abril-junio, México, 1960, El Colegio de México, pp. 521-557.
- Garate Ojanguren, Monserrat, *Comercio ultramarino e Ilustración. La Real Compañía de La Habana*, Donostia-San Sebastián, Departamento cultural del Gobierno Vasco, col. Ilustración Vasca, t. VI, 1993.
- García de León, «El Caribe afroandaluz: permanencias de una civilización popular», en *La Jornada Semanal, Suplemento dominical del diario La Jornada*, núm. 135, 12 enero 1992, México, pp. 27-33.
- , *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, México, Siglo XXI editores, 2002.
- , «La Malla inconclusa. Veracruz y los circuitos comerciales lusitanos en la primera mitad del siglo XVII», en IBARRA, Antonio y Guillermina del Valle (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares en el mundo iberoamericano*, México, Instituto Mora, 2007, pp. 41-83.
- , *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, México, FCE – Gobierno del estado de Veracruz – Universidad Veracruzana, 2011.
- Gelman, Jorge; Enrique Llopis y Carlos Marichal (coords.), *Iberoamérica y España antes de las independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis*, México, Instituto Mora – CONACyT – El Colegio de México, 2014.
- González-Ripoll Navarro, María Dolores, *Cuba, la isla de los ensayos: Cultura y sociedad (1790-1815)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Humanidades. Instituto de Historia, 1999.
- Grafenstein, Johanna von, «Provisión de víveres para la Real Armada y presidios de Barlovento en el siglo XVIII: su arrendamiento a particulares o administración directa», en Martínez López-Cano, María del Pilar; Ernest Sánchez Santiró y Matilde Souto Mantecón (coord.), *La fiscalidad novohispana en el Imperio español. Conceptualizaciones, proyectos, contradicciones*, México, Instituto Mora – Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM, 2015, pp. 105-138.
- Hamnett, Brian, «Absolutismo ilustrado y crisis multidimensional en el periodo colonial tardío», en Zoraida Vázquez, Josefina, *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, México, Nueva Imagen, 1992, pp. 67-108.
- Ibarra, Antonio, «Orden, desorden y atraso: El acertijo latinoamericano de la originaria inestabilidad política y el tormentoso cambio institucional, a propósito del bicentenario», *Revista Uruguaya de Historia Económica*, año 1, núm. 1, noviembre 2011, pp. 102-110.
- Ibarra, Antonio y Guillermina del Valle Pavón (coords.), *Redes sociales e instituciones consulares en el mundo iberoamericano*, México, Instituto Mora, 2007.
- Jumar, Fernando, «La región Río de La Plata y su complejo portuario durante el Antiguo Régimen», en Fradkin, Raúl (ed.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, t. II, Buenos Aires, Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires/EDHASA, 2012, pp. 124-157.
- Levi, Giovanni, «Antropología y microhistoria: Conversación con Giovanni Levi», *Manuscripts*, núm. 11 (enero, 1993), Barcelona, pp. 15-28.
- Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 2010.



- Miño Grijalva, Manuel, *Obrajes y tejedores de Nueva España, 1700-1810*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana/Instituto de Estudios Fiscales, 1990.
- , *La protoindustria colonial hispanoamericana*, México, El Colegio de México – FCE, 1993.
- Moutoukias, Zacarías, Burocracia, contrabando y auto transformación de las elites. Buenos aires en el siglo XVIII», *Anuario del IEHS*, vol. III, Tandil, 1988, pp. 63-115.
- , Moutoukias, Zacarías, *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*, Buenos Aires, Bibliotecas universitarias. Centro editor de América Latina, 1988.
- , «Redes sociales, comportamiento empresarial y movilidad social en una economía de no mercado (El Río de La Plata en la segunda mitad del siglo XVIII)», en Zeberio, Blanca; María Bjerg y Hernán Otero (comps.), *Reproducción social y sistemas de herencia en una perspectiva comparada. Europa y los países nuevos (siglos XVIII al XX)*, Tandil, Instituto de Estudios Históricos, Facultad de Ciencias Humanas – Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998, pp. 63-81.
- Pieper, Renata y Philipp Lesiak, «Redes mercantiles entre el Atlántico y el mediterráneo en los inicios de la guerra de los treinta años», en IBARRA, Antonio y Guillermina del Valle, *Redes sociales e instituciones consulares...*, pp. 19-35.
- Romano, Ruggiero, «Consideraciones sobre los problemas del comercio en Hispanoamérica en la colonia», en *Antología de un historiador*, México, Instituto Mora, 1998, pp. 89-97.
- , *Mecanismos y elementos del sistema colonial americano, siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica (en adelante FCE), 2004.
- Siemens, Alfred y Lutz Brickmann «El sur de Veracruz a finales del siglo XVIII –un análisis de la relación de Corral», en *Historia Mexicana*, vol. XXVI, núm. 2 (1976), México, El Colegio de México, pp. 263-324.
- Valle Pavón, Guillermina del, «Intereses del consulado de comerciantes en la reconstrucción de las calzadas de la ciudad de México», en *Entorno Urbano. Revista de historia*, vol. 2, núm. 4 (jul-dic, 1996), pp. 4-27.
- , «Historia financiera de la Nueva España en el siglo XVIII y principios del XIX. Una revisión crítica», *Historia Mexicana*, vol. LII, núm. 3, 2003.
- , «Los excedentes del ramo alcabala. Habilitación de la minería y defensa del monopolio de los mercaderes de México en el siglo XVIII», *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 3, 2007, pp. 969-1.016.
- , «La articulación del mercado del centro, oriente, sur y sureste de Nueva a través del camino de Orizaba, en las postrimerías del siglo XVIII», Verónica Oikion, editor, *Historia, Nación y Región*, México, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. II, pp. 437-460.
- Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio de, *Theatro Americano. Descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones* (facsimil de la edición hecha en México, 1746, Imprenta de la ciudad de D. Joseph Bernardo de Hogal), México, Talleres de la editora nacional, 1952.